

CINTIO VITIER

# Martí, Bolívar y la educación cubana\*

Cuando José Martí, en el discurso que pronunció el 21 de marzo de 1881 en el Club de Comercio de Caracas, a raíz del fracaso de la llamada Guerra Chiquita, dijo que su misión era escribir la estrofa que faltaba «al poema de 1810», puso de manifiesto la vinculación profunda de toda su obra con el impulso y el sentido de la gesta bolivariana. No era desde luego fruto efímero de la retórica, como tampoco era casual que esa declaración fuese hecha en la tierra del Libertador, donde Martí, al cabo de tantas frustraciones y decepciones acumuladas desde su salida del dantesco presidio político ocho años atrás, como nuevo Anteo americano, cobra renovados bríos revolucionarios, según se hizo ostensible en sus magnas formulaciones americanistas y en la definitiva toma de conciencia de su palabra creadora. Aquellos bríos ingénitos y autóctonos, como él mismo lo evoca en ese discurso, recibieron inolvidable alimento, «allá en los días perpetuos de la infancia», mediante los papeles que clandestinamente llegaban de Tierra Firme a la Isla. Por eso exclama conmovido, con entrañable gratitud:

Cómo nos predicábamos (pálidos y entusiastas como mártires), en aquella isla florida, el Evangelio que nos venía del continente grandioso: ¡cómo, mal oculto entre el Lebrija, el Balmes, el Vallejo, leíamos amorosamente los volcánicos versos de Lozano! ¡Los periódicos que de estas tierras, ocultos (escondidos) como crímenes, llegaban a nosotros, cómo eran buscados con afán, y leídos a coro, y guardados con el alma (en la fantasía maravillada)!<sup>1</sup>

\* Texto íntegro de la conferencia magistral leída en el Aula Magna de la Universidad de La Habana el miércoles 27 de diciembre de 2006.

<sup>1</sup> José Martí: *Obras completas*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1963-1973, t. 7, p. 287.

Es preciso relacionar este testimonio con el más conocido de sus discursos sobre Heredia, de quien dijo que fue «el que acaso despertó en mi alma, como en la de los cubanos todos, la pasión inextinguible por la libertad»,<sup>2</sup> sin olvidar que antes, en artículo no menos memorable, había caracterizado su poesía con rasgos que corresponden, simultánea y asombrosamente, a los retratos martianos de Bolívar:

Esa alma que se consume, ese movimiento a la vez arrebatado y armonioso, ese lenguaje que centellea como la bóveda celeste, ese período que se desata como una capa de batalla y se pliega como un manto real, eso es lo herédico [...]

La poesía de Heredia, en su sentir, era la máxima expresión de lo bolivariano, y así lo declara explícitamente cuando subraya el «modo de disponer como una batalla la oda, por donde Heredia tiene un solo semejante en literatura, que es Bolívar [...]». No se refiere al tratamiento del tema, sino al arranque del tono, al espíritu de la palabra; por eso puntualiza:

Olmedo, que cantó a Bolívar mejor que Heredia, no es el primer poeta americano. El primer poeta de América es Heredia. Sólo él ha puesto en sus versos la sublimidad, pompa y fuego de su naturaleza. Él es volcánico como sus entrañas, y sereno como sus alturas.<sup>3</sup>

Así concluye su identificación de «lo herédico» con la emblemática persona de Bolívar, cuya recepción mitohistórica y telúrica, como Padre Americano, se completara, pasando por el artículo «La estatua de Bolívar» y por la página inolvidable de *La Edad de Oro*, mediante una crítica amorosa cuyo centro hay que buscarlo en «Nuestra América», hasta culminar en la elocuente síntesis del discurso de 1893.

Aquella primera y fundamental recepción, cuyas raíces, como hemos visto, proceden de los lejanos días de la infancia, a los que llama «perpetuos» en cuanto

2 José Martí: *Op. cit.* (en n. 1), t. 5, p. 165.

3 *Ibid.*, t. 5, p. 136.

formadores, nos permiten considerar a Bolívar, a través del eco herediano y del encendimiento precozmente heroico de «la fantasía maravillada», el más poderoso estímulo y alimento que recibió la educación revolucionaria de José Martí. Partiendo de este hecho, Fina García-Marruz escribió un estudio –«Venezuela en Martí»– en el que examina lo que ese influjo significó en varios planos análogos, y especialmente para lo que ella denomina «el nexo de la palabra y la acción».<sup>4</sup> Por otra parte, el investigador mexicano Alfonso Herrera Franyutti descubrió y nos hizo llegar una colaboración de Martí hasta entonces desconocida, publicada por *El Federalista* el 8 de diciembre de 1879, en vísperas del triunfo de la dictadura de Porfirio Díaz, donde reprodujo las admirables palabras pronunciadas por Bolívar al jurar el cargo de presidente de Colombia. En ellas Martí subrayó este pasaje: «no puede haber República donde el pueblo no esté seguro del ejercicio de sus propias facultades», y sólo añadió este breve e intencionado comentario:

Así dijo Bolívar, el hombre águila y rayo, el que abatió montes, humilló continentes, rindió pueblos y unió ríos. Así dijo Bolívar, hijo divino americano, cuando juró ante el congreso de Colombia cumplir y hacer cumplir enérgicamente la Constitución.

No sabemos por qué nos ha parecido este discurso, artículo sin precio para las presentes circunstancias; los militares deben tributar admiración a aquel militar extraordinario; los dictadores deben tomar lección y ejemplo de aquel ilustre Dictador.

Nos parece que será oída con gusto y con respeto la palabra del colaborador grandioso de *El Federalista*.<sup>5</sup>

Es evidente, pues, que al temprano impacto emocional se sumó en Martí, muy pronto, el conocimiento

4 Fina García-Marruz: «Venezuela en Martí», *Anuario del Centro de Estudios Martianos*, 5, La Habana, Centro de Estudios Martianos, 1982, pp. 26-77.

5 José Martí: *Obras completas. Edición crítica*, La Habana, Centro de Estudios Martianos, t. II, 1985, pp. 285-286.

de las posiciones ideológicas de quien fue capaz de decir en el mencionado discurso:

Un hombre como yo, es un ciudadano peligroso en un gobierno popular: es una amenaza inmediata a la soberanía nacional. Yo quiero ser ciudadano para ser libre y para que todos lo sean. Prefiero el título de ciudadano al de Libertador, porque este emana de la guerra y aquel emana de las leyes. Cambiadme, señor [se dirige al presidente del Congreso de Colombia], todos mis dictados por el de buen ciudadano.

Memorable confesión de la pugna entre los impulsos y las convicciones, entre la pasión y la razón, que se libraba en tan egregia conciencia. Y no ha de ser ocioso recordar, ya que las dimensiones épica y política suelen ocupar todo el ámbito de la valoración bolivariana, que «aquel príncipe de la libertad», como lo llamara Martí, tan preocupado por ser, ante todo, un buen ciudadano, mucho se preocupó también, justamente por serlo, con los problemas sociales de nuestras Repúblicas, para cuya solución confiaba más que nada en la educación popular. Fue al calor de esta preocupación que surgió un interesante contrapunto de criterios en torno al método de enseñanza mutua o lancasteriano. Tanto Bolívar, que había conocido a Lancaster en la casa de Francisco de Miranda en Londres, como su ministro José Rafael Ravenga, quien adquirió materiales para fundar en su patria una escuela normal gratuita, defendían el método lancasteriano, mientras Simón Rodríguez, maestro del propio Bolívar, desconfiaba abiertamente de la eficacia de tal sistema, y el ilustre don Andrés Bello «opinaba que las ideas de Lancaster eran adaptables en cierta medida a la enseñanza primaria, pero las rechazaba para la educación media y superior».<sup>6</sup> De hecho, Bolívar, tres años después de la

victoria de Carabobo, protegió a Lancaster cuando la Municipalidad de Caracas, que lo había invitado, se le mostró adversa, y esa protección llegó hasta pagarle veintidós mil duros obtenidos con la venta de las minas de Aroa, «lo único que le quedaba de su patrimonio familiar». Fue este uno de los actos con que hizo buenas sus palabras ante el Congreso de Angostura: «Moral y luces son los polos de una República, moral y luces son nuestras primeras necesidades». Consecuentemente tuvo la audacia, en medio de tan violentas convulsiones políticas y sociales, apenas salido del fragor de los combates, de proponer el establecimiento de un Poder Moral, del cual formaría parte la Cámara de Educación, cuyas orientaciones comenzarían por la base misma del organismo social, a saber, la educación de las madres. En cuanto a los niños mayores sin recursos, así como a sus padres, expidió Bolívar un decreto creando talleres donde aprender oficios, cuya «intención no era (como se pensó)», apunta Simón Rodríguez, «llenar el país de artesanos rivales y miserables, sino instruir, y acostumar al trabajo, para hacer hombres útiles, asignarles tierras y auxiliarlos en su establecimiento [...] era colonizar al país con sus propios habitantes», al tiempo que «se daba instrucción y oficio a las mujeres para que no se prostituyesen por necesidad, ni hiciesen del matrimonio una especulación para asegurar su subsistencia».<sup>7</sup> Según precisa Augusto Mijares, tales planes eran los mismos para Bolivia, Perú y Colombia, lo que da idea de la masividad de sus proyecciones. Dicho autor también cita una carta de Bolívar a su hermano Fernando en la que, frente a la plétora de médicos y letrados, aboga por la preparación de «buenos mecánicos y agricultores que son los que el país necesita para adelantar en prosperidad y bienestar», y finaliza Mijares su presentación de las ideas educacionales de Bolívar con las siguientes palabras del borrador inconcluso titulado «La instrucción pública»:

6 Augusto Mijares: «Bolívar como político y reformador social», prólogo a *Doctrina del Libertador*, compilación, notas y cronología de Manuel Pérez Vila, Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1, 1976, pp. ix-xxvii. Todas las citas de Bolívar que se hacen en este párrafo, hasta la correspondiente a «La instrucción pública», proceden de dicho prólogo.

7 Simón Rodríguez: *El Libertador del mediodía de América y sus compañeros de armas defendidos por un amigo de la causa social*, Arequipa, 1830. Citado por Augusto Mijares en su prólogo, *op. cit.* (en n. 6).

Los premios y castigos morales, deben ser el estímulo de racionales tiernos; el rigor y el azote, el de las bestias. // Este sistema produce la elevación del espíritu, nobleza y dignidad en los sentimientos, decencia en las acciones. Contribuye en grande manera a formar la moral del hombre, creando en su interior este tesoro inestimable, por el cual es justo, generoso, humano, dócil, moderado, en una palabra un hombre de bien.

Muchos años después, escribiendo desde Nueva York para toda la América Latina, en franco reproche a «la idea mezquina de la vida que es aquí la carcoma nacional» y que tan descarnadamente se reflejaba en la escuela norteamericana, sentencio Martí: «La enseñanza, ¿quién no lo sabe?, es ante todo una obra de infinito amor».<sup>8</sup>

No sabemos hasta qué punto conoció Martí las ideas educacionales de Bolívar, que demuestran su condición de reformador social y por lo tanto de verdadero Padre, no sólo del impulso libertario latinoamericano, sino también de la inspiración ético-revolucionaria que es el eje de la continuidad histórica de la que Martí llamara «la América de Juárez», ya contrapuesta por Bolívar, en su espíritu y en sus legítimas aspiraciones, a la por él adivinada rapacidad y prepotencia de la América del Norte. En tales ideas se hace evidente que, aunque no siempre la práctica política de Bolívar fuese inobjetable (y a esto alude Martí con su hermosa metáfora: «ápice negro en el plumón del cóndor»),<sup>9</sup> su concepción de la lucha estaba imantada en lo profundo por objetivos que –más allá de las hazañas militares y la derrota del imperio colonial español, suficiente a ganarle la eterna gratitud de todo un continente–, suponían la creación de una nueva sociedad. Sus campañas por la abolición total de la esclavitud, la promoción del mestizaje, la corrección de las desigualdades naturales mediante leyes democráticas, así como sus proyectos educacionales, que apuntaban, aunque fuese de modo incipiente, a resolver el gigantesco problema de la

ignorancia del pueblo, a vincular la familia con la escuela y la escuela dignificada con el trabajo liberador para los jóvenes pobres y especialmente para las mujeres, todo ello unido a su clara conciencia de que en nuestras Repúblicas hacían falta más «buenos mecánicos y agricultores» que inútiles «borlados», resultarían títulos suficientes para justificar la continuidad ideológica entre Bolívar y Martí, si la misma no estuviese decisivamente consagrada por el planteamiento bolivariano y martiano de la necesaria unión (federativa o no, pero siempre de espíritu, ánimo y praxis) de las Repúblicas de la América Latina frente al codicioso vecino del Norte. Si a esto se añade, como es lo cierto, que en el ideario y la ejecutoria de Martí, exponente cimero de la tradición revolucionaria cubana, se halla el fundamento histórico y moral de la Revolución que triunfó en 1959, no extrañará que los cubanos de hoy podamos considerarnos en justicia tan fieles hijos de Martí como de Bolívar, y no sólo por la fuerza redentora de su espada sino también por la fuerza germinativa de su pensamiento.

Volviendo, pues, a las ideas pedagógicas bolivarianas y martianas, sin ignorar esa independencia genial que llevó a Bolívar a disentir en algunos aspectos de Rousseau y de su propio maestro Simón Rodríguez, y permitió a Martí superar las concepciones educacionales de su tiempo, no puede ocultársenos en el parentesco de ambos idearios la filiación iluminista que venía directamente del siglo XVIII. La filosofía de la Ilustración, recepcionada en los orígenes de nuestra cultura por el presbítero José Agustín Caballero y el padre Félix Varela, prosiguió y se acendró en la oportuna gestión pedagógica, patriótica y moral de José de la Luz y Caballero, cuya resonancia en el pensamiento y en la valoración histórica de Martí llegó a tal punto que, así como Bolívar mereció su más apasionada devoción en el ámbito de los héroes hispanoamericanos, a ningún prócer civil cubano dedicó mayores elogios que al Maestro de El Salvador. La aludida filiación salta a la vista cuando comprobamos que la fórmula propuesta por Bolívar como remedio a los males de las Repúblicas sudamericanas –«moral y luces»– era en sustancia la misma de Caballero, Varela y Luz. Formado dentro

8 José Martí: *Op. cit.* (en n. 1), t. 11, p. 82.

9 *Ibíd.*, t. 8, p. 241.

de esa herencia, común a todo el liberalismo latinoamericano, todavía en 1883, en su prólogo a los *Cuentos de hoy y de mañana* de Rafael Castro Palomino, Martí parecía confiar en que una bien dirigida educación –no «mera instrucción»– de «las clases que tienen de su lado la justicia», pudiera contribuir a una suficiente, aunque superable, reforma social, o contener el desbordamiento prematuro de la justa cólera de los trabajadores, a la larga contraproducente para su propia causa.<sup>10</sup> Quizás el ejemplo de la Comuna de París, cuya secuela fue el fortalecimiento incontrastable de la reacción, tuvo algo o mucho que ver con los razonamientos de ese prólogo y con otras consideraciones reiteradas en sus crónicas europeas. Por otra parte, podemos comprobar que ya en 1886 Martí denunciaba la cabal correspondencia entre la orientación ferozmente utilitaria de la sociedad norteamericana y el crudo pragmatismo de su escuela: «Tal es el concepto de la vida» –escribió–: «tales son los conceptos fraccionarios sobre su conducción, que se derivan de él».<sup>11</sup> Y, sin embargo, lo cierto es que aquella fe o esperanza en las capacidades regeneradoras y reformadoras de la educación entendida como clave de los cambios sociales, sobrevivió en una noble estirpe de educadores cubanos (a la que perteneció mi padre, autor de unas memorables «Notas para una formación humana», 1948, y sobre todo de un trabajo fundamental: «Fines de la Educación», 1951). Hacia los años 50 del siglo xx las argumentaciones éticas y patrióticas en torno al tema educacional parecían haber llegado a un círculo vicioso: la sociedad no mejoraba porque la escuela no mejoraba y la escuela no mejoraba porque la sociedad no mejoraba. Fue entonces cuando, en el año del Centenario Martiano, en el discurso pronunciado ante el tribunal que pretendía juzgarlo por el asalto al Cuartel Moncada, el joven Fidel Castro planteó el problema de un modo radicalmente distinto, al preguntar: «En una ciudad donde no hay industrias ¿para qué se quieren escuelas técnicas e industriales? Todo está dentro de la

misma lógica absurda: no hay ni una cosa ni otra».<sup>12</sup> Se hacía claro entonces que el enfrentamiento de los problemas estructurales de la injusticia y el subdesarrollo era la única base sólida para llevar a cabo una reforma educacional que a su vez resultaba indispensable para resolver definitivamente aquellos problemas. El círculo vicioso había encontrado el camino de la dialéctica, pero a su vez la dialéctica, para probarse a sí misma, tenía que encontrar el camino de los hechos. Así fue cómo, desde el mismo año del triunfo, la Revolución puso las cosas en su lugar, y emprendió simultáneamente la liberación de las ataduras imperialistas, la lucha frontal contra la explotación y la discriminación, la reforma agraria, la industrialización, la solidaridad con los pueblos del Tercer Mundo y, en el contexto estratégico de esas batallas, echó a andar la reforma integral de nuestra enseñanza, cuya primera gran victoria fue la Campaña de Alfabetización, culminada el mismo año de la victoria de Playa Girón. No era, pues, la escuela, en medio de una sociedad corrupta, la llamada a regenerarla; eran los cambios sociales profundos y justicieros los llamados a crear una escuela nueva. Desde la realidad y la perspectiva revolucionarias, resultaba al fin posible no sólo entender el verdadero alcance de las anticipaciones pedagógicas martianas, sino también, y sobre todo, llevarlas a la práctica. El inmenso esfuerzo realizado en tan difíciles condiciones de hostigamiento y bloqueo, con la única ayuda de países cuyas concepciones pedagógicas no se ajustaban a nuestras necesidades e idiosincrasia, produjo a pesar de todo, por el empuje de nuestra Revolución, logros cuantitativos impresionantes en la educación popular y también altamente cualitativos en las áreas de la ciencia, la técnica, las artes y las letras. A los cuarenta y ocho años del triunfo y en el perenne aniversario del nacimiento de nuestro Maestro mayor, hijo a su vez del «hombre águila y rayo», ¿podemos sin embargo, en conciencia, sentirnos satisfechos de nuestra

10 José Martí: *Op. cit.* (en n. 1), t. 5, pp. 101-108.

11 *Ibid.*, t. 11, pp. 82-83.

12 Fidel Castro: «La Historia me absolverá», discurso en el juicio por el asalto al Cuartel Moncada, 16 de octubre de 1953, *Siete documentos de nuestra historia*, La Habana, Ediciones Políticas, 1967, pp. 63, 66-67.

educación revolucionaria, entendiendo por tal no sólo la que se imparte en las aulas sino también la que se manifiesta y vive en las calles y los campos de la patria? Entre el sí y el no de tantas posibles respuestas, preferimos plantear otras preguntas: ¿No es esta precisamente la hora de discernir y formular con entera claridad cuáles son los principios y objetivos de la educación martiana que nos corresponde? ¿Son tan intrincados esos principios y objetivos que debemos aplazar su esclarecimiento? ¿No sería, por lo pronto, saludable que cada uno de nosotros dedujera su propio decálogo educacional y públicamente lo expusiera con la sencillez que la majestad del asunto requiere? Como sólo me gusta predicar con el ejemplo, y dado que esta cuestión la considero ya inaplazable, acompaño mis consideraciones acerca de las ideas pedagógicas bolivarianas y martianas con el siguiente resumen de principios y objetivos:

El fundamento constante, explícito o tácito, de la educación revolucionaria cubana debe estar en la historia de la patria.

La historia de la patria debe conducir a lo específico nuestro y a lo humano universal.

Lo específico nuestro es un modo de pensar, de sentir y de obrar, que da carácter al pueblo y se concentra y universaliza en sus máximos héroes y creadores.

Lo humano universal es el patrimonio íntimo –ético y estético– de cada persona.

La única información educativa es la información irrestricta.

La formación revolucionaria sólo puede estar basada en la libertad de conciencia y de expresión.

La libertad individual sólo es revolucionaria si se pone al servicio de la justicia social.

La poesía, es decir, la creación, es la raíz de la vida.

El cultivo y la dirección de los sentimientos, inseparables de la inteligencia, reclaman el rango de método rector de la educación cubana.

Su objetivo más alto: la vida como servicio y como poesía.

Si estos principios de política educacional no copiados, sino exprimidos de múltiples citas y contextos ilustres, parecen demasiado abstractos, volvamos al diálogo vivo, a veces polémico, de Martí con Bolívar en el texto, altamente pedagógico por cierto, de «Nuestra América». A su trasluz sentimos que el conocimiento íntimo de los problemas sociales, culturales y políticos de México, Guatemala y Venezuela fue tan esencial en la forja del pensamiento americanista martiano como el conocimiento íntimo de lo que él mismo llama, refiriéndose a los Estados Unidos como Jonás del nuevo Leviatán, las «entrañas» del «monstruo». De propósito reiteramos, remitiéndonos a la esencia gnoseológica de los principios expuestos, la expresión «conocimiento íntimo», porque en Martí el conocimiento histórico, social y político –desbordante, por la acumulación de su clarividencia, hacia la anticipación y la profecía– pasa siempre por su corazón. No fue nunca un pensador teórico, ni mucho menos eso que hoy se llama un analista. Supo de veras, únicamente, lo que sufrió y gozó. Su agudeza para penetrar hasta el fondo la persona y la obra de Bolívar, aunque incluyera la crítica, es siempre inseparable de la teluricidad y el deslumbramiento, así como su absoluta lucidez acerca de las propensiones peores de Norteamérica, aunque incluya el reconocimiento de sus hombres más valiosos, son inseparables del sufrimiento que le causaba vivir en aquel país donde se sintió –así se lo dice a Mercado– «como una cierva acorralada por los perros».<sup>13</sup>

Detrás del texto de «Nuestra América» hay mucho sufrimiento pero también mucha fe, dos instancias que Martí aprendió a unir vivencialmente desde el infierno histórico del presidio político, y que fueron los dos polos generadores de su inteligencia del mundo. Sufrimiento, fe, inteligencia: esta dialéctica no estaba prevista por los ideólogos del eurocentrismo ni podrán jamás entenderla los tecnócratas yanquis. Pero si en «Nuestra América» se trata de descubrirnos a nosotros mismos, de reconquistarnos con nuestras propias armas y hacer frente juntos al vecino poderoso (finalidades estratégicas de nuestra educación), nuestro mé-

13 José Martí: *Op. cit.* (en n. 1), t. 20, p. 88.

todo cognoscitivo también tiene que ser, sin desdeñar legados que nos corresponden desde el descubrimiento de la razón en Grecia, raigalmente autóctono. Muchas veces se ha dicho que la América Latina no tiene un pensamiento filosófico. Por ese camino se puede llegar, partiendo de las superficialidades de Hegel cuando se refiere a América en su *Filosofía de la historia*, tan lejos como Martin Heidegger, quien afirmó que «hacer filosofía» –lo que puede llamarse, en rigor, «pensar»– sólo es posible en lengua alemana. Pero Martí, sin desconocer ni desaprovechar la filosofía universal, halló las fuentes de su pensamiento en el bocabajo del Hanábana, en el grillete del presidio, en los pliegues épicos del Monte Ávila, en Quetzalcóatl, en Viracocha, en la mitología de los tamanacos y en el Evangelio que dijo llevar en su corazón. Y de ellos, como del dolor de «los pobres de la tierra» y del salto alegre y libre del «arroyo de la sierra», sacó sus imágenes cognoscitivas, la lengua propia de su conocimiento. Por eso «Nuestra América» –documento pedagógico de suprema precisión política– está escrito en imágenes, porque precisamente él descubrió que hay una «política superior escrita en la Naturaleza»,<sup>14</sup> y nuestra naturaleza es inseparable de nuestra imaginación.

Y de la imaginación dijo Martí: «Toda ciencia empieza en la imaginación, y no hay sabio sin el arte de imaginar, que es el de componer, y la verdadera y única poesía».<sup>15</sup> Y dijo también: «Preservad la imaginación, hermana del corazón, fuente amplia y dichosa. Los pueblos que perduran en la historia son los pueblos imaginativos». Y dijo más: «La imaginación ofrece a la razón, en sus horas de duda, las soluciones que esta en vano sin su ayuda busca. Es la hembra de la inteligencia, sin cuyo consorcio no hay nada fecundo».<sup>16</sup> Y a María Mantilla escribió:

Donde yo encuentro poesía mayor es en los libros de ciencia, en la vida del mundo, en el orden del mundo, en el fondo del mar, en la verdad y música del árbol, y su fuerza y amores, en lo alto del cielo,

14 José Martí: *Op. cit.* (en n. 1), t. 6, p. 138.

15 *Ibíd.*, t. 5, p. 248.

16 *Ibíd.*, t. 23, p. 43.

con sus familias de estrellas, y en la unidad del universo, que encierra tantas cosas diferentes, y es todo uno y reposa en la luz de la noche del trabajo productivo del día.<sup>17</sup>

Tornando siempre al imaginístico texto de «Nuestra América», complementario de la pedagogía en estado de gracia de *La Edad de Oro*, creemos y nos hacemos fuertes en la trinidad de propósitos que formula como pilares de la misión educacional iberoamericana y caribeña: en la necesidad de nuestra «marcha unida»; en la conjugación de lo autóctono y lo universal; en el imperativo de hacer causa común con los oprimidos y explotados. La formulación es sencilla como la de todos los grandes credos y proyectos históricos. Su realización continental, en cambio, es tan compleja y difícil que más de cien años después de lanzada aquella proclama sus palabras siguen clamando por el «himno unánime» que eche a andar las fuerzas unitivas y justicieras de «la América nueva». Ya nos acercamos a ello. Y entre las múltiples dificultades que se oponen, no es la menor la penetración del neocolonialismo norteamericano en el campo de la cultura e incluso en la mentalidad de intelectuales y políticos sinceramente preocupados por el llamado problema de nuestra identidad. En primer lugar, la identidad es un alimento y una inspiración, no un problema en cuyo estudio podemos pasarnos siglos. En segundo término, si de lo que se trata es no sólo de vivir, sino de entender nuestra propia identidad, la única manera de lograr esa toma de conciencia es por los caminos que se derivan de nuestros propios orígenes, de nuestro propio ser histórico. Esos orígenes se remontan a grandes culturas míticas: la precolombina, la grecolatina, la africana, fundidas a sangre y fuego en un mestizaje cuya levadura, más que el catolicismo institucional, es una nueva catolicidad (es decir, universalidad) capaz de asumir todas las herencias válidas del hombre, pero a la vez ininteligible para el pragmatismo norteamericano y su ideal de común rasero, tan enemigo de Dios y de los dioses como de lo mejor del hombre y sus consecuentes revelaciones,

17 José Martí: *Op. cit.* (en n. 1), t. 20, p. 218.

mitos, imágenes y metáforas. Ahora bien, en «Nuestra América» –la formulación conceptual más exacta acerca de los problemas socioculturales y políticos de esta parte del mundo–, Martí emplea sustancialmente el lenguaje de los mitos y las imágenes primigenias, el lenguaje que proviene de la cultura de los dioses. Y ese lenguaje, lejos de ser azaroso u ocasional, nos da una lección tácita acerca del camino a seguir para no perder el rumbo imantador de nuestra identidad: el rumbo de la originalidad y la grandeza de la vocación de justicia, libertad y hermosura que nos funda, más que en el pasado, en la esperanza: una activa, concreta, encarnada, invencible esperanza, que se confunde con la vida.

Es a la luz de esa voluntariosa esperanza bolivariana y martiana que tiene que encaminarse definitivamente nuestra educación revolucionaria, hundiendo sus raíces en la historia, de tal modo que no haya ciudadano que, por alejadas que sus ocupaciones parezcan de la indagación histórica, desconozca el proceso, el desarrollo y el tejido de la nacionalidad; desconozca los valores en que se sustenta y lo que ha costado generar o conquistar esos valores; desconozca el *fatum* geopolítico, las gestas populares y las doctrinas y acciones de los hombres fundadores; desconozca, en fin, la poesía, la leyenda y la novela de la patria, sin que por ello se le oculten las caídas, los vicios y las lacras. Es sólo ese conocimiento el que puede inmunizarnos contra la venenosa marea de banalización y hedonismo que atraviesa los indetenibles medios de comunicación masiva. Y ese conocimiento, que debe penetrarlo todo igual que el aire que respiramos, ha de empezar desde la infancia como su más precioso y delicado aroma; fortalecerse en la adolescencia y juventud encendiendo las luces de «la fantasía maravillada»; consolidarse en la adultez con la cabal conciencia de la responsabilidad que implica ser partícipe de la historia patria, inseparable de la historia universal. Creemos que en el fondo es esto lo que quiso decir Bolívar cuando nos comparó a los hijos de Hispanoamérica con j«un pequeño género humano».<sup>18</sup> Esto es sin duda lo que quiso

18 «Carta de Jamaica», *op. cit.* (en n. 6), p. 62.

decir Martí cuando afirmó en el más profundo de sus apotegmas pedagógicos: «Patria es humanidad».<sup>19</sup>

Y no se piense que sólo han de importarnos las virtudes en gran escala, cívicas o heroicas. Si algo necesitamos rescatar de nuestras mejores tradiciones, ello es la fineza en el trato, el comedimiento y la moderación en todas nuestras expresiones personales y sociales.

¿Sería mucho pedir a nuestra educación, por ejemplo, una campaña nacional en favor del no hablar a gritos fuera del ámbito escolar y de no subir los decibeles de la música, o supuesta música, hasta el mero estruendo vibratorio de los amplificadores electrónicos? Suele decirse que este del sonido brutal y enajenante es un problema universal. También lo es la explotación económica, y la Revolución tranquilamente lo ha resuelto. En el campo de la educación y la cultura no hay problemas menores ni desdeñables: todos tienen la misma importancia porque todos están relacionados entre sí, y porque un pueblo de costumbres incultas no puede ser en verdad, martianamente hablando, un pueblo libre. La incultura en las formas de vivir es también una esclavitud de la que tenemos que autoliberarnos, sin la excusa de que es un mal contemporáneo universal. Atrevámonos a ser en esto tan excepcionales como lo somos en la desobediencia política al Imperio, que sin embargo nos sigue penetrando (no sin plausibles resistencias). Por algún punto del planeta tiene que empezar la lucha contra el despotismo de la tecnología generadora de una seudocultura cada vez más dueña y señora del alma de los hombres. Atrevámonos a ser en ese punto –lo propongo en primer lugar a los educadores– ya que nos hemos atrevido a tanto. Grave error sería pensar que las concesiones en este terreno, por pequeñas que sean, no tienen consecuencias. Pero no se trata de reprimir, de censurar, de prohibir, procedimientos que siempre han sido contraproducentes, sino de realmente educar las apetencias, de enriquecer las opciones, de mostrar las calidades superiores de la vida, de refinar los placeres, de comunicar los instintos con el arte, la belleza con el bien, el Eros mismo con la patria. Somos un pueblo capaz de resistir bailando, de

19 José Martí: *Op. cit.* (en n. 1), t. 5, p. 468.

vestir de fiesta el estoicismo, de renunciar a todo menos a la independencia y a la sensualidad. La independencia ya la ganamos. Eduquemos la sensualidad.

En «Fines de la educación», mi padre escribió: «Una Escuela con voluntad iluminada por fines certeros salvará la nación».<sup>20</sup> Esta sentencia resume lo que ya dijimos acerca de la fe en la educación (y en general, en la cultura) característica de los mejores pedagogos de aquellos años. Pero también dijimos que, una vez realizados los cambios estructurales que harían realmente posible una escuela nueva, esta era indispensable para completar y consolidar aquellos.

Tal es precisamente la fase en que, a mi juicio, debemos adentrarnos ahora. Para ello se impone desde luego, dadas las nuevas circunstancias del país, la fijación de nuevos fines (a los que hemos intentado contribuir con las consideraciones anteriores). El repaso de los indicados por mi padre, sin embargo, revela que algunos de los que él señaló mantienen su vigencia, como la «eliminación de la herencia histórica en sus persistencias nocivas», o «la creencia de que la honradez es una verdad tan firme como las Matemáticas», o el «cuidado del idioma», objetivo a la vez tan necesario y tan delicado, que tanto preocupa hoy a pedagogos y lingüistas, o el más sutil de los propósitos apuntados por mi padre: «Aprender a sufrir», ya que para él «necesitamos la noción de que sufrir no es mero accidente sino elemento esencial de la vida, y el sufrimiento no debe originar sentimentalismo ni pesimismo, sino fortaleza interior, acción». Ya aquí entramos en un espiritualismo pedagógico que, por el tipo de relación que supone entre el maestro y el alumno, tiene su raíz en el magisterio («un Evangelio vivo») de José de la Luz y Caballero, a quien mi padre dedicó uno de sus últimos estudios. Pero de los fines que él apunta nin-

guno tiene mayor urgencia para nosotros hoy que la necesidad de asumir, educadores y educandos, una «cultura moral», contrapuesta al inevitable amoralismo resultante de la Escuela pedagógica pragmatista o experimentalista capitaneada en los Estados Unidos por John Dewey. Escuela que se desentiende de la tradición epistemológica occidental. A esa Escuela se opuso mi padre, sin apearse a ningún sistema filosófico, preconizando «valores» que, según precisó, «proviene en parte del platonismo, del cristianismo, del estoicismo, de Kant en su crítica de la razón práctica, entre otras fuentes. Y provienen, sobre todo, de haberlos percibido en la cultura integral y no, meramente, en los filósofos». Como la parte más cercana –y entrañable– de esa cultura integral hemos querido invocar los principios y objetivos que actualmente nos inspiran, no nuestros inexistentes filósofos sistemáticos, pero sí los fundadores de nuestro pensamiento histórico y cultural, herederos y creadores de una eticidad con múltiples afluentes seculares, en cuyo centro está el sentimiento de la justicia, al que José de la Luz llamara «ese sol del mundo moral».<sup>21</sup> Y de esos fundadores hemos escogido en esta ocasión los dos más altos, no para repetir frases ilustres sino para afirmar que la continuidad histórica debe resistir entre nosotros la ofensiva del «posmodernismo» que por todas partes nos rodea y amenaza con sus tesis nihilistas y disolventes, generadas por un proceso de desintegración capitalista que no sólo no nos corresponde sino que, junto con la prepotencia hegemónica del Imperio, es el peor enemigo de nuestras esperanzas nacionales. «El pueblo más feliz es el que tenga mejor educados a sus hijos, en la instrucción del pensamiento, y en la dirección de los sentimientos»,<sup>22</sup> dijo Martí. Hacer buenas estas palabras, convertirlas en plena realidad a la altura de este tiempo, depende de nosotros. **C**

20 Medardo Vitier: «Fines de la educación», *Valoraciones I*, La Habana, Universidad Central de Las Villas, 1960, pp. 38-72. Las citas siguientes proceden del mismo trabajo.

21 Manuel Sanguily: *José de la Luz y Caballero (Estudio crítico)*, La Habana, A. Dorrbecker, 1926, p. 187.

22 José Martí: *Op. cit.* (en n. 1), t. 19, p. 375.

ATILIO A. BORON

# La experiencia de la «centroizquierda» en la Argentina de hoy

El presente trabajo profundiza una línea de investigación cuya primera formulación viera la luz en un breve texto elaborado poco después de cumplido el primer año del gobierno de Néstor C. Kirchner (Boron, 2004). Hoy, cuando el presidente argentino está próximo a cumplir sus primeros cuatro años de gobierno (asumió el 25 de mayo de 2003), es posible realizar un balance de su gestión. Este ejercicio tiene valor no sólo por lo que pudiera aportar para facilitar una mejor comprensión de la turbulenta experiencia de la Argentina de estos años sino también porque el kirchnerismo se inscribe en un campo más amplio de fenómenos que, a falta de mejor caracterización, podríamos considerar como representativo del «giro a la izquierda» de la política latinoamericana, lo cual torna su análisis mucho más interesante. En consecuencia, examinaremos al gobierno de Kirchner desde esta perspectiva, procurando iluminar un campo más amplio de preocupaciones sobre la situación de las así llamadas «democracias latinoamericanas».

## «Giro a la izquierda» y auge de la «centroizquierda» en la política latinoamericana

Parafraseando un célebre pasaje del *Manifiesto comunista*, podríamos decir que un fantasma recorre la América Latina. Es el fantasma del «giro a la izquierda». Todas las fuerzas de la vieja y la nueva derechas se han unido en santa cruzada para exorcizar a ese fantasma: Condoleezza y Aznar; George W. y Berlusconi; los Vargas Llosa (padre e hijo) y Carlos Montaner; Jorge Castañeda y Andrés Oppenheimer; la Fundación Cubano-Americana y el

National Endowment for Democracy; la Sociedad Interamericana de Prensa y los Reporteros sin Fronteras.<sup>1</sup> Todos se unen para rescatar a la América Latina de la mortal amenaza que supone esta reorientación del rumbo político de la región. Y en esta confusa estampida se mezcla también un nutrido tropel formado por izquierdistas asustados ante los rostros insolentes de campesinos, indígenas, jóvenes, mujeres y el heteróclito «pobretariado» latinoamericano que se rebelan con un protagonismo tan desconcertante como creciente; doctos ex marxistas *à la lettre* descorazonados por la inesperada vitalidad de un capitalismo poco convencido de la necesidad de ceder su lugar en la historia y que, según sus lecturas, se derrumbaría como un castillo de naipes. Algunos de ellos, incapaces de asimilar el desafío de la nueva coyuntura, se arrepienten de sus antiguas certidumbres y se alucinan con imperios benévolo y multitudes nómadas que se convierten en revolucionarias por el sólo hecho de haber abandonado sus terruños.<sup>2</sup>

Un lugar común de toda esta teorización es la distinción entre una «izquierda seria y racional» y la otra, aludida frecuentemente como «radical», «populista» o «demagógica» según los diversos autores. La primera incluye como ejemplos paradigmáticos los casos de la Concertación chilena y el gobierno de Lula en Brasil, si bien hay otros en la región que también podrían encuadrarse en este modelo, como Tabaré Vázquez en Uruguay y Alan García en el Perú. Ejemplos rotundos de la segunda serían los de Cuba y Venezuela, a los que ahora se agrega el de Evo Morales en Bolivia.<sup>3</sup> El gobierno

1 Los Vargas Llosa, padre e hijo, además de Montaner, Castañeda y Oppenheimer, se han referido más de una vez a este fenómeno, visto por todos ellos como síntomas incontrastables de la vocación populista y estatista de la América Latina. De los dos últimos véase especialmente «Latin America's Left Turn» y *Cuentos Chinos*, respectivamente, y señalados en la bibliografía.

2 Tesis que Hardt y Negri desarrollan en su libro *Imperio*. Para una crítica de esta perspectiva véase mi *Imperio e imperialismo*.

3 La Revolución Cubana merece en el libro de Cocco y Negri, *GlobAL...*, tan sólo el siguiente comentario: «El modelo cubano, o sea el intento de cerrar las diferencias del movimiento y

de Néstor Kirchner provoca reacciones encontradas entre los teóricos del «giro a la izquierda». Una pléyade de publicistas de derecha no vacila en caracterizarlo como ambivalente, pero con crecientes inclinaciones hacia el polo «radical-populista»: su retórica, su estilo de gobernar y algunas de sus ideas evocan inequívocamente las estridencias de los años 60 y 70 y, tarde o temprano, aseguran, Kirchner irá a encontrar su lugar junto a Fidel, Chávez y Evo. Esta es la tesis de la visión más conservadora, representada por Castañeda y Oppenheimer.<sup>4</sup> En el análisis de los posmarxistas Cocco y Negri («pos» no porque sean continuadores de la obra de Marx sino porque, simplemente, nacieron después que él) la anguiliforme ambigüedad del objeto de estudio se contagia a los estudiosos, razón por la cual la figura de Kirchner aparece en el ya mencionado libro como la de un líder político de izquierda que está implementando un proyecto de radicalización democrática para la Argentina. Es preciso aclarar que, para estos autores, Luiz Inácio «Lula» da Silva está empeñado en similares iniciativas, con lo que se obtiene una idea más clara del amplísimo significado que para ellos tiene la palabra «izquierda».<sup>5</sup>

---

los proyectos revolucionarios dentro de un esquema ideológico, parece haber quedado relegado al pasado» (232). No debe preocuparnos demasiado esta enésima muestra de la radical incapacidad de estos autores para comprender la vida política latinoamericana. En una reciente entrevista de prensa Cocco y Negri caracterizaron al antimperialismo como «lamentable», un anacronismo que nada tiene que ver con nuestra época. ¿Hace falta agregar algo más? (Cocco y Negri, 2006a: 12).

4 Oppenheimer, pp. 183-186; Castañeda, [www.foreignaffairs.org/20060501](http://www.foreignaffairs.org/20060501)

5 Una contundente muestra de la «sutileza» analítica de sus autores lo proporciona el hecho de que a lo largo de su obra los gobiernos de Kirchner, Lula y Chávez son incluidos bajo una misma categoría, sin establecer ninguna diferencia entre ellos o, al menos, entre los dos primeros y el régimen de la Revolución Bolivariana. Un botón de muestra: «En Brasil, la Argentina y Venezuela, un vasto terreno de experimentación y de innovación democrática debe profundizarse a partir de las relaciones abiertas y horizontales entre los gobiernos y los movimientos» (28). Insistir a lo largo del libro en los «vastos terrenos de experimentación y de innovación democrática»

Desde nuestra perspectiva, en cambio, tal denominación tiene una connotación mucho más precisa y exigente. Mal podría aplicarse a gobiernos como los de la Concertación en Chile, que continuaron y profundizaron la restructuración de la economía iniciada por la dictadura de Pinochet a lo largo de los lineamientos planteados por el Consenso de Wáshington y que terminara haciendo de Chile uno de los países más inequitativos e injustos de la América Latina, la región más desigual del planeta. Y lo mismo cabría decir del gobierno de Lula, uno de cuyos «éxitos» más notables, según sus propios dirigentes, ha sido aumentar la rentabilidad del sistema bancario hasta topes iniguales en toda la historia brasileña. Sería preciso disponer de una concepción sumamente elástica de las ideologías para poder considerar a gobiernos que logran semejantes hazañas como «de izquierda». Sin abundar en detalles que nos alejarían del propósito de estas pocas páginas, digamos que si hay un signo distintivo de la izquierda este no es otro que la valoración que dicha tradición política hace de la igualdad (económica, social, política, etcétera) como criterio fundamental a la hora de diseñar los contornos de una buena sociedad. El filósofo político italiano Norberto Bobbio, un hombre que ha sostenido un permanente y enriquecedor diálogo con el marxismo a lo largo de la segunda mitad del siglo xx, lo plantea con total claridad en una de sus más lúcidas obras, titulada precisamente *Izquierda y Derecha*. Ser de izquierda, dice Bobbio, es plantear la radical inadmisibilidad –ética, política y social– de la desigualdad. En consecuencia, una izquierda genuina sólo puede ser aquella que, sobre la base de un diag-

---

(Cocco y Negri, 2006: 67, 233) para referirse a la política contemporánea del Brasil de Lula y de la Argentina de Kirchner demuestra cuán delgada es la línea que separa la razón de la alucinación. Si algo demostraron estos dos gobiernos es la persistencia de las formas más tradicionales de control político, desde la desmovilización de los movimientos sociales hasta el clientelismo y, especialmente en el caso del Brasil, la corrupción más rampante del liderazgo político, ejemplificado en la indecorosa salida de José Dirceu, del Palacio del Planalto y los escándalos del *dossiergate* que le costara a Lula tener que enfrentarse a una segunda vuelta electoral.

nóstico certero sobre los «orígenes de la desigualdad entre los hombres» –parafraseando el conocido título del «Segundo discurso» de Rousseau–, proponga una solución radical que ponga fin a la injusticia inherente a la sociedad capitalista. Y el teórico italiano se apura en aclarar, en contra de la confusión reinante, que así como el crepúsculo no cancela la diferencia entre el día y la noche, la existencia de un «centro» político –¿o de una centroizquierda?– tampoco suprime la diferencia entre izquierda y derecha (Bobbio, 1994: 7-8). Por eso si de izquierdas se trata, sólo el marxismo ofrece los fundamentos científicos necesarios para guiar su praxis transformadora, a partir del descubrimiento de la estructura esencialmente injusta e incorregible de la sociedad burguesa, cualesquiera que sean las formas históricas que asuman su organización económica o la vida política.

Dicho lo anterior, resulta evidente que tanto la alarma desatada por los teóricos derechistas del «giro a la izquierda» como el júbilo de la izquierda confundida, al estilo de Cocco y Negri, es completamente injustificada. Una izquierda digna de ese nombre sólo lo es en la medida de su radical anticapitalismo. Por eso solamente gobiernos como los de Cuba y en menor medida (habida cuenta de su corta experiencia) Venezuela y Bolivia, califican como gobiernos de izquierda. El resto suscita demasiadas dudas. Pueden tener una retórica de izquierda, encendida, como en el caso de Kirchner; o una difusa identidad izquierdista, como Lula o Lagos; pero una política de izquierda se mide por lo que un gobierno hace y no por sus discursos. De ahí que debamos tomar con pinzas el tan pregonado giro a la izquierda de la América Latina.

Pero entonces, ¿qué ocurrió en nuestros países? Lo que ocurrió, y que se encuentra en el origen de toda esta discusión, es el fracaso del neoliberalismo: si antes se ganaban elecciones haciendo flamear sus banderas –como lo hicieron Menem, Cardoso, Fujimori y Salinas de Gortari–, hoy sólo se pueden ganar a partir de una crítica a las políticas inspiradas en el Consenso de Wáshington. Las causas de este descrédito son bien profundas: el neoliberalismo no cumplió con sus promesas, y después de más de veinte años de cruentas

aplicaciones los problemas de nuestra América no sólo perduran sino que se agravaron. Y el milagroso «efecto derrame», que distribuiría las nuevas riquezas generadas por las políticas neoliberales entre las masas de pobres y hambrientos, demostró ser una engañifa para consumo de tontos e ingenuos. Con esa bandera triunfaron Lula, Kirchner, Bachelet, Vázquez y tantos otros, pese a que, como se demostró poco después, ninguno de ellos reunía las condiciones objetivas y subjetivas requeridas para llevar a la práctica lo que habían prometido en sus respectivas campañas electorales.<sup>6</sup> Con esa misma bandera también triunfaron Chávez y Evo Morales, pero con una pequeña diferencia: están cumpliendo con lo prometido. Precisamente por eso la secretaria de Estado Condoleezza Rice, esa moderna vestal cuyas fulgurantes llamaradas custodian las democracias de todo el mundo, condenó a ambos gobernantes por sus dudosas credenciales democráticas. Por eso, según Rice, las democracias de Venezuela y Bolivia sufren de incurables déficits institucionales llamados a ejercer una negativa influencia sobre toda la región.<sup>7</sup> No sorprende, en consecuencia, que para la Secretaría de Estado y su jefe, quienes sí cumplen no son Chávez y Morales sino los otros, cuya gestión parece haberse inspirado en una curiosa distorsión de la divisa de Lincoln: «gobierno del mercado, por el mercado y para el mercado».<sup>8</sup> En todo caso, y para resumir: el fracaso del neoliberalismo y las formidables resistencias po-

pulares desatadas en la región precipitaron advenimientos de nuevos gobiernos con un compromiso, al menos discursivo, de abandonar las políticas que habían sumido a nuestros países en una crisis cada vez más profunda. Y pese a las seguridades que esos gobiernos le brindaron al capital, el solo cambio en el clima de la opinión pública potenciado por la creciente «indisciplina» que, como producto de las contradicciones del capitalismo global, cundía en las provincias exteriores del imperio, fue suficiente para suscitar la preocupación de los administradores y los mandarines imperiales. El caso de Néstor Kirchner se inscribe dentro de este cuadro.

### La «crisis orgánica» de 2001

Resulta indispensable remontarse al análisis de la profunda crisis que conmovió a la sociedad argentina en el año 2001. Una recesión económica, de larga gestación y prolongada duración (casi cinco años, desde mediados de 1998 hasta finales de 2002), combinada con un deterioro de todas las formas de sociabilidad y una fenomenal crisis política que culminó en la rebelión popular del 19 y 20 de diciembre de 2001 que produjo la caída del inepto e impopular gobierno de Fernando de la Rúa en medio de una represión que ocasionó treinta y tres víctimas fatales, la mayoría en la ciudad de Buenos Aires (Íñigo Carrera y Cotarelo, 2003 y 2006; Zibechi, 2003).<sup>9</sup> Esta «insurrección espontánea»,

6 Cf. al respecto la excelente compilación de Antonio Elías (2006).

7 Un penetrante análisis del caso venezolano y sus implicaciones desde el punto de vista de la teoría política, se encuentra en Carlos Fernández Liria y Luis Alegre Zahonero (2006), texto magnífico que desnuda impiadosamente el cinismo y la hipocresía de los supuestos garantes democráticos de España, entre los que sobresalen Fernando Savater, Felipe González, Rosa Montero, Carlos Montaner, Mario Vargas Llosa, el Grupo Prisa y su órgano político, *El País*, entre otros. La versión del establishment norteamericano sobre el gobierno de Chávez y la estrategia más adecuada para neutralizarlo se encuentra en Michael Shifter, vicepresidente de Política del Inter-American Dialogue con sede en Washington.

8 Cf. Boron 2006, donde desarrollamos esta transformación involutiva de la idea democrática en el capitalismo contemporáneo.

9 Por supuesto, la caracterización de los acontecimientos de diciembre de 2001 sigue siendo, cinco años después, motivo de intensos debates. La izquierda dogmática planteó que se estaba en presencia de una incontenible marea revolucionaria y saludó la aparición de los piquetes y las asambleas barriales como la tan ansiada reencarnación de las barricadas y los soviets de San Petersburgo en 1917. El posterior desengaño fue terrible. Un sobrio y minucioso análisis de este período se encuentra en dos trabajos de Nicolás Íñigo Carrera y María Celia Cotarelo (2003 y 2006), en donde se discute, además, la pertinencia de ciertas categorías para interpretar aquellos acontecimientos. Los autores proponen persuasivamente el concepto de «insurrección espontánea», distinto a una «revuelta», para caracterizar las jornadas del 19 y 20 de diciembre. Si

confundida por algunos sectores de la izquierda termocéfala como una «crisis general revolucionaria», fue el colofón violento de una serie de movilizaciones populares que venían agitando la escena social y política argentina desde mediados de la década de los 90, cuando el impulso económico del neoliberalismo ya había dado muestras de sus limitaciones al generar, en los años anteriores, altas tasas de crecimiento económico pero combinadas con otras aún mayores de aumento de la pobreza y la desocupación. (Svampa y Pereira, 2003; Klachko, 2002; Favaro, Iuorno y Cao, 2006). Las jornadas de diciembre pusieron en evidencia la «crisis orgánica» –en el sentido gramsciano de una ruptura entre representantes y representados– sin precedentes en que había caído la Argentina, crisis potenciada por el simultáneo, e igualmente catastrófico, derrumbe de la convertibilidad que durante casi diez años había fantasiosamente –y a un costo tremendo, como se revelaría en la crisis– equiparado el valor del dólar con el del peso. La gravedad de la crisis política queda elocuentemente demostrada al recordar que en la Argentina de los primeros meses de 2002 los políticos y dirigentes estatales prácticamente no podían salir a la calle, y cuando lo hacían debían, o bien ir acompañados por imponentes dispositivos de seguridad o, en su defecto, disfrazados para evitar ser reconocidos y agredidos, de hecho y de palabra, en la vía pública. Fue una crisis que devoró cuatro presidentes en poco más de una semana y que, como era previsible, dejó profundas secuelas en la vida pública. Una de ellas, la radical deslegitimación de la clase política tradicional, cuyos efectos se siguen sintiendo al día de hoy. Expresión inorgánica e improductiva políticamente, pero aún así muy expresiva del estado de ánimo de grandes sectores de la sociedad argentina, fue la centelleante popularidad adquirida, en aquellos

---

bien aceptamos esta formulación, no podemos dejar de señalar que, a nuestro juicio, el término «insurrección» implica una voluntad de conquista del poder político que no estamos muy seguros existiera en las masas que protagonizaron aquellas acciones. En línea con esta preocupación a la vez teórica y conceptual se encuentra el valioso trabajo de Zibechi (2003).

tórridos días de diciembre, por la consigna «que se vayan todos», mediante la cual se transmitía el repudio generalizado, pero a la vez impotente, de los gobernados en relación a los gobernantes. La gravedad de la situación explica los denodados esfuerzos realizados por el predecesor de Kirchner, el presidente Eduardo Duhalde, por promover la rápida reconstitución del sistema de dominación, resucitar a los partidos políticos, restañar el prestigio de algunos de sus dirigentes y restablecer de alguna manera el vínculo roto entre representantes y representados. Es preciso reconocer que, contra los pronósticos formulados en esos momentos, tan complicada empresa fue llevada a término de manera razonablemente exitosa.

Kirchner pudo capitalizar esta situación al ser percibido como un componente muy marginal en la tan repudiable y corrupta constelación de poder que había arrojado a la Argentina a la más grave crisis de toda su historia. A pesar de que ya había sido, durante más de diez años, gobernador de Santa Cruz, una provincia petrolera del sur argentino desde la cual acompañó la reorientación económica impuesta en los años 90. Introdujo, incluso, dos reformas en la Constitución provincial que habilitaban la reelección indefinida del gobernador, al paso que controlaba la legislatura y el poder judicial de Santa Cruz. Su identificación, en aquella época, con el proyecto neoliberal quedó de manifiesto en 1994, cuando fue electo como convencional ante la Convención Constituyente llamada a reformar la Constitución Nacional para habilitar la reelección de Menem en 1995, la cual también transfirió a las provincias la soberanía absoluta de las riquezas del subsuelo, una medida muy aplaudida por las grandes empresas petroleras que, de ese modo, tenían que vérselas con débiles (y, frecuentemente, corruptos) gobiernos provinciales usualmente alejados de los circuitos informativos nacionales y a los cuales podían imponerles dichas condiciones a su antojo.<sup>10</sup>

En todo caso, lo cierto es que Kirchner fue el candidato «de descarte» del continuismo. El presidente Duhalde, por entonces jefe indiscutido del poderoso

10 Sobre la carrera política de Néstor Kirchner, cf. Curia (2006).

peronismo de la provincia de Buenos Aires, había tratado antes de sellar un acuerdo estratégico con el ex gobernador de Santa Fe, Carlos A. Reutemann, el cual no prosperó. Pese a ser una figura muy valorada por la opinión pública, fuertes amenazas extorsivas de sus adversarios políticos le impidieron aceptar el ofrecimiento del presidente. Este se volvió hacia el gobernador de la provincia de Córdoba, José M. de la Sota, en búsqueda de un sucesor. Resistido por la ciudadanía, las primeras mediciones de las encuestas demostraron que De la Sota no tenía chance alguno de competir contra Menem que, una vez más, se lanzaba a la puja electoral luego del fallido intervalo de De la Rúa. Este páramo de candidaturas, explicable por la crisis orgánica ya aludida, hizo que Duhalde, decidido a impedir a cualquier precio el retorno de su archienemigo Menem, escogiese a Kirchner, hasta entonces un candidato sin posibilidades serias de competir, como su abanderado para las elecciones pautadas para el 27 de abril de 2003.

Un factor clave en esta decisión fue el hecho de que las elecciones presidenciales, inicialmente previstas para finales de 2003, tuvieron que ser anticipadas luego del agravamiento de la crisis política producida por la «masacre de Avellaneda», el 26 de junio de 2002, cuando una manifestación piquetera en esa ciudad aledaña a Buenos Aires culminó con el fusilamiento, por parte de las fuerzas policiales, de dos jóvenes dirigentes del Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón: Maximiliano Kosteki y Darío Santillán. El súbito acortamiento del calendario electoral frustraba cualquier intento de «fabricar» un nuevo candidato más confiable para Duhalde. En ese sentido, con los tiempos apremiando, Duhalde no tenía mucho más que hacer y se decidió por Kirchner. El perfil «progre» del santacruceño –construido no por su gestión en la gobernación provincial sino por su militancia juvenil en el peronismo de izquierda–, unido al compromiso de mantener en su cargo al ministro de Economía de Duhalde, Roberto Lavagna, quien había cosechado algunos importantes éxitos (y el reconocimiento de la opinión pública) en su gestión posterior a la gran crisis de 2001, sirvieron para fortalecer la campaña electoral de Kirchner. Contribuyeron a esto también otros dos elementos: en pri-

mer lugar, el apoyo del «aparato» del peronismo bonaerense que, fiel a la decisión de su jefe, hizo a un lado sus antipatías y volcó todo el peso de su estructura a su favor. En segundo lugar, la oportuna radicalización del discurso de Kirchner, influenciado sin duda por el desolador paisaje social que mostraba la Argentina posterior al derrumbe de la convertibilidad: 54 % de la población por debajo de la línea de pobreza, la mitad de ellos sumergiéndose por debajo de los niveles de indigencia.

Esto dio pie a una retórica que se oponía frontalmente al neoliberalismo esgrimido por sus principales contendores, y que diferenció claramente su candidatura de las de los demás. Sin embargo, no le alcanzó: al cierre de los comicios, Carlos S. Menem obtenía el 24.4 % de los votos contra el 22.2 % de Néstor Kirchner. La normativa vigente en la Argentina establece que si ningún candidato alcanza el 45% de los votos válidos emitidos, los dos más votados deben disputar una segunda vuelta. Esto significaba una contienda entre Menem y Kirchner, que tendría lugar el 18 de mayo de 2003, para dirimir la pugna por la presidencia. Pese a haber obtenido la primera mayoría, Menem estaba consciente de que esa cifra era a la vez su techo electoral: las encuestas de opinión que se sucedían sin pausa desde el fin de la primera vuelta indicaban una intención de voto a favor de Kirchner que fluctuaba entre el 60 y el 70 %, lo que expresaba mucho menos la adhesión hacia el casi desconocido candidato cuanto el rechazo categórico de la ciudadanía al retorno de Menem al poder, responsable último de la crisis integral en que se debatía la sociedad argentina. Pocos días antes de la fecha señalada para el *ballottage*, Menem, deseoso de evitar una derrota que lo sepultaría definitivamente, retiró su candidatura convirtiéndolo *ipso facto* a Kirchner en presidente electo. Un presidente que, sin duda, llegaba sumamente debilitado, carente de la legitimación que podría haber obtenido en la segunda vuelta electoral y accediendo a la Casa Rosada con la más baja proporción de votos de la historia argentina.<sup>11</sup>

11 Cf. Observatorio Electoral Latinoamericano, pp. 6-9.

## Ruptura discursiva y continuidad práctica del neoliberalismo

No cabe duda de que Kirchner representa, sobre todo en algunos aspectos referidos a su estilo de gobernar, una ruptura con sus predecesores. Exponente de una generación involucrada en las grandes movilizaciones populares de finales de los 60 y comienzos de los 70, su estilo informal, y por momentos populachero, le ha redituado grandes beneficios políticos. Su retórica adquiere, por momentos, una virulencia poco habitual en la política latinoamericana de estos días. En este sentido, es preciso reconocer que el discurso de Kirchner ha capitalizado muy bien su enfrentamiento con los grandes monopolios, con las empresas privatizadas, con los opulentos burócratas del FMI y el BM, con el gobierno norteamericano, con el por suerte ahora difunto gobierno de José M. Aznar y varios ministros del gobierno español y con los inversionistas extranjeros. Todo lo cual le granjeó las simpatías de la inmensa mayoría de la población, que detesta esos personajes ligados en diversa medida al pillaje a que fuera sometida la Argentina desde finales de los años 80.

Las relaciones de Kirchner con el gobierno de Bush se inscriben en un patrón de subordinación consentida, que es preciso diferenciar de la época de las «relaciones carnales» impuestas durante el gobierno de Carlos Menem. Sin embargo, no dejan de mostrar algunos elementos de continuidad preocupantes: una actitud de cautela en relación con Cuba; prevención en relación con Venezuela, cuyo ingreso al Mercosur ha redoblado los esfuerzos de Brasil y la Argentina para «moderar» las posturas de Chávez; obediencia al imperio a la hora de enviar tropas a Haití, junto a Brasil y Chile; silencio cómplice ante la carnicería desatada por Israel en El Líbano y Palestina, y alineamiento flexible con las grandes líneas de la política exterior norteamericana, salvo en algunos temas económicos puntuales.

Al propio tiempo, en un sentido positivo, llama la atención su radical discurso en la Cumbre Extraordinaria de Presidentes de las Américas, en Monterrey, México, en enero de 2004, el cual sorprendió a George W. Bush con una filípica antineoliberal que parecía

surgida del Foro Social Mundial. O, más importante aún, el acuerdo alcanzado con Lula y Chávez en la Cumbre de Presidentes de Mar del Plata, en noviembre de 2005, donde, al decir del venezolano, se produjera el entierro del ALCA, generándose un fuerte enfrentamiento con el bloque de presidentes controlado por Washington, que de ninguna manera amilanó al Presidente argentino.

Hay que recordar en este punto que las diversas encuestas sobre la imagen y las expectativas que los argentinos tienen de los Estados Unidos señalan inequívocamente el alto grado de animosidad de la población en relación con ese país, sus líderes y las instituciones estrechamente asociadas con ellos, como el FMI y el Banco Mundial, con lo cual las reiteradas arremetidas de Kirchner suscitan fuertes simpatías en amplios sectores sociales.<sup>12</sup> Por otra parte, los furibundos ataques de la derecha argentina, tristemente célebre por su visceral intolerancia ante cualquier asomo de progresismo, por tímido que sea, le reportaron a Kirchner renovados apoyos. Por último, hay que recordar que, en asuntos ajenos al duro terreno de la economía, la gestión de Kirchner no se detuvo en el plano retórico y se vio ratificada con hechos concretos y bien positivos, sobre todo en materia de derechos humanos, en la depuración de la Corte Suprema de Justicia y los altos mandos de las fuerzas armadas, todo lo cual, otra vez, respondía a necesidades muy sentidas de la población.

12 A comienzos de octubre la agencia Associated Press divulgó los resultados de una encuesta que interrogaba por cuál de los líderes del continente votarían, en el hipotético caso de que pudieran postularse como presidentes de la Argentina. Chávez ocupó el primer lugar con el 23%, seguido por Castro (22%) y en tercer lugar Morales (14%). El último lugar fue para el presidente Bush, con el 1%. El estudio, realizado por la firma Carlos Fara & Asociados, también preguntó sobre la imagen que tenían los entrevistados de los presidentes del hemisferio, y comparó los resultados con una anterior encuesta realizada en 2001: Chávez logró un 50% (frente a un 21% hace cinco años), Morales el 47% y Castro el 46%. El brasileño Luiz Inácio Lula da Silva, la chilena Michelle Bachelet y el uruguayo Tabaré Vázquez tuvieron un 35% de preferencias. En cambio el presidente Bush pasó de un 32% de imagen positiva en 2001, a un 2% en 2006.

En síntesis, son muchas las razones que explican la sorprendente popularidad presidencial. Sorprendente porque, como veremos, en el terreno económico los satisfactores que al cabo de tres largos años de gestión ha ofrecido el gobierno, sobre todo a las grandes mayorías populares, han sido sumamente escasos, y la «deuda social» de larga data que acumula la democracia argentina es de una gravedad y contundencia insoslayables.<sup>13</sup>

Nada autoriza a suponer, por lo tanto, que en la agenda gubernamental de Kirchner figure la ruptura con el neoliberalismo, prerequisite indispensable para poder gobernar bien –es decir, para producir los bienes públicos que la sociedad necesita con eficacia y legitimidad popular– y para evitar que la democracia sea sacrificada por la dinámica expoliadora y descuidadanzadora de los mercados (Boron, 2002). Quien fuera durante casi tres años el principal artífice de su política económica, el ministro de Economía Roberto Lavagna, apenas si representaba una ligera variante dentro de las orientaciones neoliberales predominantes en el país desde hace dos décadas. Debe recordarse que durante el gobierno de Duhalde, la única iniciativa de política económica que impulsó Lavagna fue la de negociar incansablemente con el FMI haciendo caso omiso de abrumadoras recomendaciones en contrario hechas por economistas de prestigio mundial como Joseph Stiglitz y Paul Krugman y por exponentes de todas las variantes del pensamiento crítico local y latinoamericano, que aconsejaban olvi-

darse del FMI y cambiar decididamente el rumbo de la economía argentina, cosa que Lavagna no hizo.

Esta vocación conservadora, en el sentido de conservar los parámetros fundamentales de la sociedad capitalista fuera de cualquier posible impugnación, fueron ratificados a mediados de septiembre por la senadora Cristina Fernández de Kirchner durante el viaje que el Presidente hiciera a la ciudad de Nueva York con motivo de la inauguración de la Asamblea General de las Naciones Unidas. En una conferencia que dictara en la Universidad de Columbia la esposa del Presidente –sin duda, una de sus más autorizadas voceras– declaró que las políticas del gobierno de Kirchner se sitúan del lado del capitalismo. «¿Qué es el capitalismo?», se preguntó. Su respuesta: lo que hizo caer al muro del Berlín no fue «el poderío de los Estados Unidos sino que el capitalismo es una mejor idea que el comunismo, y si el capitalismo se distingue frente a otras doctrinas es por la idea del consumo». Sus críticas al FMI se apoyan en su inconsistencia en relación con el capitalismo, dado que pese a defenderlo en el terreno de las ideas «con sus políticas de ajuste lo primero que hace es restringir el consumo» y, en consecuencia, debilitar el impulso capitalista (Baron, 2006). Hay que agregar que ya, con anterioridad a esta fecha y en numerosas ocasiones, Kirchner se había referido en reiteradas ocasiones a la necesidad de implantar en la Argentina un capitalismo «serio», «nacional» e «inteligente», adjetivos estos que supuestamente obrarían el milagro de convertir a un régimen basado en la explotación del trabajo asalariado en una fraternal comunidad de iguales. Por otra parte, el capitalismo nada serio sino, por el contrario, «risueño», «irresponsable», «de los amigos» (*croony capitalism*), «transnacionalizado» y torpe, en vez de inteligente, produjo espléndidos resultados para los capitalistas, con tasas exorbitantes de ganancias y con la consolidación de extraordinarios privilegios que ningún burgués «serio» vería razonable abandonar por más que lo solicitara el Presidente. ¿Cómo convencer a quien se encuentra instalado en el 10% más rico de la Argentina –y cuyos ingresos en 2003 eran cincuenta y seis veces superiores al del 10% más pobre– que es urgente y necesario pasar a un capitalismo «serio», que evite semejantes injusticias? Lo más proba-

13 Una reciente recopilación sobre los veinte años de la democracia argentina, sus logros y sus frustraciones, se encuentra en la antología publicada por Novaro y Palermo (2004). Aunque la obra intenta llenar un sentido vacío en la literatura sobre el tema, su aporte se resiente por la notoria ausencia de un pensamiento crítico radical sobre la diversidad de temas allí considerados. Esto hace que, por momentos y especialmente en algunos de sus capítulos, prevalezca una actitud complaciente que, ante una crisis tan grave como la que caracteriza a la Argentina contemporánea, adquiere características escandalosas. Algunos de sus autores parecen ignorar aquella frase de Dante en la *Divina comedia* que advertía que el círculo más horrendo del infierno estaba reservado para quienes en tiempos de crisis moral habían optado por la neutralidad.

ble es que la persona en cuestión considere «poco seria» la preocupación presidencial por la «seriedad» de un capitalismo que produce tan magníficos resultados.

Dado todo lo anterior, no sorprende comprobar que los «ganadores» y los «perdedores» de las políticas económicas del kirchnerismo sean hoy los mismos que había durante el menemismo y el efímero gobierno de la Alianza, en el apogeo del primado del Consenso de Washington en la Argentina. Entre los primeros sobresalen las empresas privatizadas que manejan bienes y servicios altamente rentables en el mercado internacional –como el petróleo y el gas, por ejemplo– hasta servicios no transables de diverso tipo ofrecidos puertas adentro en condiciones excepcionalmente favorables dada la desprotección que padecen usuarios y consumidores; los oligopolios extranjeros; los sectores más concentrados del capital nacional (en especial aquellos vinculados a las exportaciones agropecuarias) y la oligarquía financiera y rentista. Los «perdedores» del modelo no deparan ninguna sorpresa y son los mismos de siempre: los trabajadores, las capas medias empobrecidas, y esa inmensa masa que, como recordábamos más arriba, Frei Betto apropiadamente denominara «pobretariado» y que incluye a vastos conglomerados populares condenados al desempleo crónico, a la exclusión social y a la pobreza. Gente, en una palabra, para la cual el capitalismo, sea «serio» o «risueño», no ofrece la más mínima esperanza.

Pese al notable cambio en la retórica oficial del kirchnerismo, el injusto patrón distributivo del ingreso establecido con las reformas neoliberales de los 90 se ha mantenido inalterado. Nada ha cambiado desde entonces, y la salida del ministro Lavagna, en noviembre de 2005, reemplazado por Felisa Miceli, poco o nada modificó el rumbo de la política económica. Nada autoriza a pensar que las categóricas definiciones del INDEC (Instituto Oficial de Estadísticas y Censos del Ministerio de Economía), pronunciadas a poco de iniciado el gobierno de Kirchner, hayan perdido su lúgubre actualidad: la Argentina ostenta «la peor distribución del ingreso de los últimos treinta años». En dicho informe se decía que a fines del año 2003 el ingreso del decil más rico de la población era treinta y una veces supe-

rior al del decil más pobre. Pero en el Área Metropolitana formada por la ciudad de Buenos Aires y los distritos del llamado «conurbano bonaerense» dicha ratio llegaba a un escalofriante 56 a 1 (INDEC, 2004). Los planes sociales del gobierno, principalmente el Plan Jefas y Jefes de Hogar, la creación de empleos y el modesto aumento de las jubilaciones y salarios mínimos contribuyeron a una leve mejoría de la situación. Sin embargo, dada la falta de una política de ingresos proactiva y progresiva, la situación se mantiene, en sus rasgos generales, sin mayores variantes a pesar de que la economía argentina viene creciendo en los últimos años a tasas de crecimiento similares a las de China. Las últimas mediciones del INDEC sobre la «brecha de ingresos», correspondientes al primer trimestre del año 2006, revelan un empeoramiento de la situación existente a comienzos del mandato de Kirchner: ahora el decil más rico de la población dispone de un ingreso treinta y seis veces superior al decil más pobre. Otro indicador, el coeficiente de Gini, demuestra que la desigualdad social se encuentra hoy en los mismos niveles que en 1996, durante el apogeo del «capitalismo salvaje» de Menem (Quiroga, 2006). Según el reciente informe del INDEC, el 30% de la población ocupada –esto equivale a más de cuatro millones de personas– gana menos de cuatrocientos pesos por mes, es decir, menos de la mitad de la canasta básica de bienes y servicios necesarios para sostener a una «familia tipo» compuesta por el padre, la madre y dos hijos (Bermúdez, 2006a). El valor de esa canasta fue fijado por el INDEC en ochocientos sesenta pesos mensuales, lo que plantea el problema de las graves limitaciones del enfoque de la pobreza basado en el cálculo de los ingresos. Entre otras limitaciones, por la subestimación del fenómeno a que induce una visión reduccionista y cuantitativista de la pobreza. ¿Quiere esto decir que una familia que, debido a un trabajo ocasional de uno de sus miembros, ganó en el mes ochocientos noventa pesos ha dejado de ser pobre? La pobreza, como se sabe, es un fenómeno multidimensional y que tiene que ver con el acceso cotidiano a condiciones básicas de vida en lo tocante a la vivienda, la salud, la educación, el esparcimiento, el capital cultural, cuestiones estas que

fluctúan mucho más lentamente que los ingresos que ocasionalmente pudieran recibir quienes se encuentran debajo de la línea de la pobreza. En todo caso, y para concluir con esta parte, digamos que el 21 de septiembre el INDEC anunció con bombos y platillos que la pobreza había descendido un 7% en relación con la medición del primer semestre de 2005, quedando ahora reducida al 31.4 % de la población argentina. Esto quiere decir que unos doce millones cien mil personas no alcanzan a ganar lo suficiente para adquirir la canasta básica de bienes y servicios; de ellos, cuatro millones trescientos mil son indigentes, o sea, que no ganan siquiera lo necesario para comprar los alimentos requeridos para su manutención. Con el análisis de estos datos, Ismael Bermúdez concluye que si bien la pobreza bajó sensiblemente desde su pico más alto, estos índices son más elevados que los que existían en 1998 cuando comenzó la recesión económica. Se configura así una preocupante paradoja: la economía superó ya las marcas registradas en aquel año, pero la situación social muestra la persistencia de un rezago social que ni siquiera un crecimiento como el de los últimos años, con tasas «chinas» del orden del 8.5 al 9 % anual, consigue erradicar. La Argentina de Kirchner, por tanto, tiene a uno de cada tres habitantes bajo la línea de la pobreza. Un escándalo para un país que, en otros tiempos, supo ser «el granero del mundo» (Bermúdez, 2006b).

## La persistencia del «modelo»: Consenso de Wáshington sin convertibilidad

Luego del derrumbe de diciembre de 2001 la Argentina salió de la convertibilidad pero no del neoliberalismo. Tal como ha sido demostrado en numerosos trabajos, los rasgos fundamentales del modelo económico implantado a fuego y corrupción en los 90 persisten hasta nuestros días (Murillo, 2004; Svampa y Pandolfi, 2004). En esto coinciden tanto quienes lo alaban, percibiéndolo como la tardía pero impostergable reconciliación de la Argentina con la economía global, como sus más severos críticos, desde los Economistas de Izquierda hasta los autores del Plan Fénix, pasando por un am-

plio espectro de posiciones intermedias. Tal como lo sentenciara desde las columnas de *La Nación* uno de los periodistas estelares del establishment neoliberal, Joaquín Morales Solá, la carta de intención firmada por el gobierno de Néstor Kirchner con el FMI en septiembre de 2003 «es el mejor acuerdo que se haya escrito en la última década». Era el mejor para la derecha, porque dicho documento se proponía continuar con «las políticas macroeconómicas prudentes», «combinadas con una ampliación y profundización de las reformas estructurales», con lo cual se ratifica la preocupante vitalidad del viejo orden.<sup>14</sup> Incluso, vale la pena citar aquí la minuciosa descripción ensayada por uno de los principales tomadores de decisiones en el momento más álgido de la crisis, Eduardo Amadeo, para comprobar hasta qué punto la fractura política y social de diciembre de 2001 no fue seguida por una radical reorientación del rumbo económico causante de la crisis en la que se encuentra sumida la Argentina.<sup>15</sup>

La persistente hegemonía del neoliberalismo en el manejo de la política económica en vigor se verifica en la permanencia de los siguientes rasgos:

a) la valorización de la renta financiera sigue siendo el eje fundamental de la política económica. La especulación financiera está oficialmente alentada, pues las ga-

14 Citado en el excelente trabajo de Gambina et alii (2004: 29). La suicida continuidad del esquema económico es examinada también en Calcagno y Calcagno, 2003, y en Arceo, 2004, trabajos igualmente medulares que desmontan con rigurosidad la trama siniestra y las gravosas consecuencias del proyecto inaugurado en 1976 bajo la égida de Martínez de Hoz y llevado a término durante las dos presidencias de Carlos Saúl Menem.

15 En este sentido, el texto de Eduardo Amadeo, una bien documentada memoria relativa a las arduas y dilatadas (amén de contraproducentes) negociaciones entre el gobierno de Duhalde y el FMI, demuestra fehacientemente, quizás contra la voluntad de su autor, la continuidad fundamental de las políticas económicas ensayadas en la Argentina desde comienzos de la década del 90, con los resultados por todos conocidos. Cf. Amadeo (2003). Desde un ángulo teórico y político muy diferente la misma conclusión queda demostrada en la obra de Gambina et alii (2004); Calcagno y Calcagno (2003); y Gambina y Campione (2003).

nancias que produce no generan obligaciones impositivas en la Argentina. Sigue siendo más rentable especular financieramente que producir bienes o servicios;

b) la inmutabilidad de un patrón distributivo de ingresos y rentas extraordinariamente desigual y regresivo, resultante de las políticas del «neoliberalismo salvaje» implantadas en los años del menemismo y cuyas consecuencias hemos examinado en el apartado anterior;

c) la vigencia de los parámetros macroeconómicos fundamentales instituidos durante los años 90, como las privatizaciones, la desregulación y liberalización de los mercados, la apertura externa, la fragilidad del gasto público, la deserción o inoperancia estatal, la dependencia de exportaciones con muy escaso valor agregado, como la soja o los hidrocarburos, etcétera;

d) la continuidad de los equipos técnicos del área económica, que son, salvo pocas excepciones, los mismos que vienen del anterior gobierno, y la ininterrumpida aceptación del paradigma de política económica propuesto por las instituciones financieras internacionales como el FMI, el Banco Mundial, la Organización Mundial del Comercio y el BID en las grandes decisiones de política económica, con prescindencia de las ríspidas controversias que ocasionalmente se susciten con sus representantes.

Hay sin embargo una excepción, una nota discordante entre tanta ortodoxia económica: la quita aplicada a los tenedores de la deuda externa argentina. Esta fue, sin duda, la más exitosa operación económica de Kirchner, al reducir la deuda en una cifra que, probablemente, llegue a los sesenta y dos mil millones de dólares. El *default* argentino de 2001, cuando la Argentina dejó de pagar la deuda a los acreedores privados, fue el más grande de la historia financiera internacional; la quita efectuada luego de largas negociaciones fue también la mayor jamás aplicada al capital financiero. En la larga negociación con los acreedores privados extranjeros, Kirchner demostró ser un duro y consistente negociador. Resistió tremendas presiones, nacionales e internacionales, y finalmente logró prevalecer cuando, al inicio de las negociaciones por la quita, nadie creía que tan osada operación podría resultar exitosa. Conviene recordar, no obstante, que pese a las

encendidas críticas de Kirchner a los organismos financieros internacionales, la Argentina nunca declaró el *default* de la deuda contraída con el FMI, el Banco Mundial, y el BID, pagando con puntualidad sus vencimientos. Por eso no causó sorpresa conocer, a finales de 2005, la decisión de Kirchner de pagar la deuda pública con el FMI por un monto cercano a los diez mil millones de dólares. La medida fue anunciada con gran despliegue como una efectiva «liberación» de la pegajosa tutela del FMI, y así lo creyó también la izquierda ingenua y para colmo desorientada (Cocco y Negri, 2006: 16). La verdad, en cambio, era diferente: el «desendeudamiento» con el FMI fue una iniciativa activamente promovida por la Casa Blanca y que logró la respuesta favorable de los grandes deudores como Brasil, Turquía y Rusia, aparte de la Argentina. Esta situación se originaba en las crecientes dificultades operativas del FMI, derivadas en buena medida en la reticencia de los grandes aportantes, sobre todo el gobierno de los Estados Unidos, para aumentar su capital de giro debido a los compromisos financieros originados por la guerra de Iraq. Lejos de ser un acto de rebeldía, el pago efectuado por Brasil y la Argentina, casi en simultáneo, revela la fuerza de los lazos que sujetan a estos países al centro imperial. En todo caso, la conclusión que se puede sacar de este asunto es la siguiente: el gobierno de Kirchner fue objeto de toda clase de presiones y amenazas para disuadirlo de que llevara adelante la quita de la deuda. Los ideólogos, publicistas y operadores del neoliberalismo aseguraban que si la Argentina proseguía con esa actitud los mercados internacionales le propinarían un escarmiento que hundiría al país en una crisis aún más grave de la que ocurriera en 2001. De hecho ocurrió todo lo contrario: el *default* y la posterior quita de la deuda dieron comienzo a un período de crecimiento económico sin precedentes en nuestra historia. La perseverancia de Kirchner terminó con un éxito rotundo, lo que demuestra que cuando un gobierno tiene la voluntad de enfrentarse al chantaje de las clases dominantes puede –pese a las ambigüedades– hacerlo y salir airoso del desafío.

Esta ambivalencia revela con singular claridad los alcances y límites del proceso actual: negociación dura

con el FMI y con algunos empresarios, pero persistencia práctica de las orientaciones generales del Consenso de Wáshington y cumplimiento de las obligaciones con los organismos multilaterales de crédito. Ortodoxia inquestionada en materia de política económica: superávit fiscal y comercial; sostenimiento de las políticas de los años 90 (privatizaciones, desregulación, apertura comercial, etcétera) combinadas con una ocasional indocilidad ante los mandatos de la Casa Blanca (desobedeciendo cuando le exige que condene a Cuba, pero obedeciendo cuando le pide que, junto a Brasil y Chile, vaya a Haití a reprimir, o que continúe negociando con el Fondo) y, sobre todo, salida de la convertibilidad sin salir del neoliberalismo, que es el gran problema que tiene la Argentina. Límites y contradicciones que parecen pasar desapercibidos para un importante sector de la izquierda «bien pensante» de la Argentina, la misma que antes había apoyado sin reservas al alfonsinismo, luego a la Alianza y, finalmente, en la actualidad, hace lo mismo con Kirchner. ¿Volverá a rasgarse sus vestiduras como producto de una nueva –e inesperada– frustración?

## Rendición incondicional en Nueva York

El viaje de Kirchner a Nueva York, con motivo de la realización de la Asamblea General de la ONU, produjo una serie de definiciones que ratifican las tesis centrales de este trabajo. Lo ocurrido en esa ciudad reforzó tendencias que se vislumbraban desde hacía tiempo, y que pusieron de relieve, de modo insoslayable, las insalvables limitaciones del kirchnerismo como proyecto de transformación social. La supuesta radicalización de su gobierno como producto de la influencia que en el mismo pudieran ejercer algunos sectores bien intencionados y provenientes de la izquierda –o como resultado de los ecos, ya lejanos e intermitentes, de las jornadas de diciembre– demuestra ser una ilusión más de las tantas que, durante décadas, frustraron las esperanzas de los argentinos.

En fechas recientes el gobierno de Kirchner había enviado algunas señales muy claras de su viraje hacia la derecha, excepción hecha en materia de derechos hu-

manos. Pero fue en Nueva York donde aquellas adquirieron una nitidez extraordinaria. Veamos sucintamente las principales manifestaciones de este fenómeno:

a) Córdoba, julio de 2006. En la Cumbre de Presidentes del Mercosur realizada en esa ciudad argentina, se pudo constatar un cierto «congelamiento» de las relaciones con Cuba, algo que contraría abiertamente las actitudes predominantes en la población argentina cuyas simpatías hacia Cuba, su pueblo, su revolución y Fidel Castro, son bien conocidas y tienen raíces históricas muy profundas: desde el vínculo de José Martí con la Argentina, a través del diario *La Nación*, a finales del siglo XIX, hasta el Che, pasando por Martínez Estrada, Cortázar, Rodolfo Walsh y tantos otros. Llamó la atención el trato distante y formal que el presidente argentino le dispensó al Comandante durante su visita a esa provincia argentina, mientras, puertas afuera, multitudes acudían a saludarlo y a escuchar sus palabras;

b) La Habana, septiembre de 2006. Otro hito en esta trayectoria involutiva fue la negativa de la Casa Rosada a asistir a la XIV Cumbre de los No Alineados de La Habana y la inexplicable dilación del gobierno de Kirchner para reincorporarse al movimiento al que había entrado de la mano de Juan D. Perón. De este modo, el Presidente cedió al reclamo de los sectores más recalcitrantes de la derecha argentina y a las insistentes presiones del Departamento de Estado destinadas a minimizar la extraordinaria capacidad de convocatoria del gobierno cubano puesta en evidencia en esa ocasión. Kirchner trató de salvar las apariencias ante la opinión pública enviando un calificado representante –pero que no tenía rango ministerial ni nada parecido– a una corta reunión del G-15 que tuvo lugar en el marco de la Cumbre. Pero, formalmente, la Argentina apenas si estuvo en La Habana como «país invitado», sólo autorizado a participar en las formalidades de las ceremonias inaugural y de clausura, nada más. Al día de la fecha, la Argentina seguía sin haber solicitado su reincorporación a los No Alineados;

c) Nueva York, septiembre de 2006. De visita a esa ciudad, el Presidente y su comitiva realizan una peregrinación a la Bolsa de Valores de Nueva York, en Wall Street. Allí Kirchner dijo, con evidentes muestras de

arrepentimiento: «Agradezco el gesto del mercado de invitarnos aquí. La Argentina está volviendo al lugar del que nunca debió haber salido» (Rodríguez Yebra, 2006 a). Lo curioso del caso, más allá de la cabriola ideológica en relación con algunos de sus anteriores discursos (pero no así de su práctica), es que de hecho la Argentina jamás se fue de ese lugar. Por el contrario, siempre estuvo allí como uno de los países más endeudados del planeta y como presa fácil de todo tipo de operaciones especulativas y de pillaje realizadas desde ese sagrado recinto: desde el doloso «megacanje» de la deuda externa de la época de De la Rúa/Cavallo, hasta las fraudulentas privatizaciones y la apertura indiscriminada ordenadas por Menem/Cavallo. ¿Ignoraba Kirchner al pronunciar tan desafortunada sentencia que cerca del 95% de las operaciones que tienen lugar en el sistema financiero internacional –del cual Wall Street es su corazón– son de carácter especulativo, razón por la cual una estudiosa como Susan Strange, para nada sospechosa de propensiones izquierdistas, bautizó a dicho sistema como un «capitalismo de casino», parasitario e irresponsable? La Bolsa de Nueva York está cargada de un simbolismo que nada tiene que ver con las esperanzas de liberación y emancipación social que grandes mayorías argentinas habían depositado en Kirchner. Representa exactamente lo contrario.

Declaraciones de Kirchner en Nueva York –algunas realizadas al amparo de un organismo como el Council of the Americas, sostén ideológico de la derecha norteamericana– despejan cualquier duda que pudiera subsistir sobre la naturaleza de su gobierno: una variedad de la «centroizquierda», por momentos vociferante pero siempre identificado con la perpetuación del capitalismo en la Argentina, y sometido a los dictados de la Casa Blanca. Nótese este contraste: luego de varios años de gobierno, Chávez llegó a la conclusión de que no hay solución dentro del capitalismo para los problemas que agobian a Venezuela y la América Latina. El futuro transitará por un inédito camino, cuyo itinerario y formas concretas sólo la praxis transformadora de los pueblos permitirá descubrir: el «socialismo del siglo XXI». Kirchner, en cambio, llegó a otra conclusión: el futuro se encuentra en el retorno a ese mítico lugar,

Wall Street, que los argentinos jamás deberíamos haber abandonado;

d) Naciones Unidas, Nueva York, septiembre de 2006. Finalmente, la actitud adoptada por Kirchner durante la Asamblea General de la ONU, en la cual pronunció un buen discurso en contra del unilateralismo norteamericano pero, a la vez, y reflejando la permanente ambigüedad que lo caracteriza, se esmeró por evitar cualquier contacto con Evo Morales y el presidente venezolano Hugo Chávez que pudiera «dejarlo pegado» a sus posturas enfáticamente antimperialistas, demostrando que, al igual que Lula y otros exponentes de la «centroizquierda», él estaba en otra cosa.

Para finalizar: la Argentina aún se encuentra en un callejón sin salida y, pese a Cocco y Negri (y unos cuantos más, tan confundidos como ellos), los chances de que el gobierno de Kirchner se convierta en una alternativa de izquierda –superadora no ya del capitalismo, que sin duda es mucho pedir, sino de los estragos del neoliberalismo– no son mejores que las que tiene el papa Benedicto XVI de convertirse a la fe del Islam. **C**

## Bibliografía

- Amadeo, Eduardo: *La salida del abismo. La memoria política de la negociación entre Duhalde y el FMI*, Buenos Aires, Planeta, 2003.
- Arceo, Enrique: «La crisis del modelo neoliberal en la Argentina I» en *Realidad Económica*, Buenos Aires, No. 206, 15 de agosto al 30 septiembre, pp. 10-28, 2004.
- Baron, Ana: «Cristina defendió el capitalismo y cuestionó otra vez el papel del FMI», *Clarín*, Buenos Aires, 19 de septiembre de 2006, p. 5.
- Bermúdez, Ismael: «El 20% de la población vive con menos de 3 pesos por día», *Clarín*, Buenos Aires, 11 de julio de 2006.
- : «La pobreza bajó fuerte, pero aún afecta a 12.1 millones de personas», *Clarín*, Buenos Aires, 21 de septiembre de 2006b.
- Bobbio, Norberto: *Destra e Sinistra. Ragioni e significati di una distinzione politica*, Roma, Donzelli Editori, 1994.

- Boron, Atilio A.: *Tras el búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin de siglo*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2002.
- : «Reflexiones en torno al gobierno de Néstor Kirchner», *Revista SAAP*, Buenos Aires, 2004; 2(1): 187-205.
- : *Imperio e imperialismo. Una lectura crítica de un libro de Michael Hardt y Antonio Negri*, La Habana, Casa de las Américas, 2005.
- : «La verdad sobre la democracia capitalista», *Socialist Register*, Buenos Aires: CLACSO, 2006.
- Calcagno, Alfredo Eric y Eric Calcagno: *Argentina, derrumbe neoliberal y proyecto nacional*, Buenos Aires, Le Monde Diplomatique, 2003.
- Castañeda, Jorge G.: «Latin America's Left Turn», *Foreign Affairs*, Nueva York, mayo-junio de 2006.
- Cocco, Giuseppe y Antonio Negri: *GLOBAL. Biopoder y luchas en una América Latina globalizada*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- : «América Latina está viviendo el momento de una ruptura», *Página/12*, Buenos Aires, 14 de agosto de 2006a, pp. 12-13.
- Curia, Walter: *El último peronista. La cara oculta de Kirchner*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2006.
- Elías, Antonio (comp.): *Los gobiernos progresistas en debate. Argentina, Brasil, Chile, Venezuela y Uruguay*, Buenos Aires, CLACSO, 2006.
- Favaro, Orietta, Graciela Iuorno y Horacio Cao: «Política y protesta social en las provincias argentinas» en Gerardo Caetano (comp.): *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 2006.
- Fernández Liria, Carlos y Luis Alegre Zahonero: *Comprender Venezuela, pensar la democracia. El colapso moral de los intelectuales occidentales*, Hondarribia, Hiru, 2006.
- Gambina, Julio y Daniel Campione: *Los años de Menem. Cirugía mayor*, Buenos Aires, Centro Cultural de la Cooperación, 2003.
- Gambina, Julio, Alfredo T. García, Mariano Borzel y Agustín Crivelli: «Liberalización de la economía argentina: ¿ruptura o continuidad?», *Periferias*, 2004; (12): diciembre.
- Hardt, Michael y Antonio Negri: *Empire*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 2000.
- INDEC: *Informe sobre la distribución de la riqueza en Argentina*, junio de 2004 en <http://www.derhumanos.com.ar/indec.htm>
- Íñigo Carrera, Nicolás y María Celia Cotarelo: «La insurrección espontánea. Argentina, diciembre 2001. Descripción, periodización, conceptualización», *PIMSA*, Buenos Aires, 2003; VII (7): 201-308.
- : «Génesis y desarrollo de la insurrección espontánea de diciembre de 2001 en Argentina» en Gerardo Caetano (comp.): *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*, Buenos Aires, CLACSO, 2006.
- Klachko, Paula: «La conflictividad social en la Argentina de los 90. El caso de las localidades petroleras de Cutral-Có y Plaza Huincul, 1996-1997» en Bettina Levy (comp.): *Crisis y conflicto en el capitalismo latinoamericano*, Buenos Aires, CLACSO, 2002.
- Murillo, Susana: «El Nuevo Pacto Social, la criminalización de los movimientos sociales y la «ideología de la seguridad»», *Observatorio Social de América Latina* (OSAL), Buenos Aires, CLACSO, 2004; V(14): 261-273, mayo-agosto.
- Novaro, Marcos & Vicente Palermo: *La historia reciente. Argentina en democracia*, Buenos Aires, EDHASA Argentina, 2004.
- Observatorio Electoral Latinoamericano: «Balance Electoral Latinoamericano 2003-2004», octubre de 2005 en <http://www.observatorioelectoral.org>
- Oppenheimer, Andrés: *Cuentos chinos. El engaño de Washington, la mentira populista y la esperanza de América Latina*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 2005.
- Quiroga, Annabella: «Los más ricos ganan 36 veces lo que reciben los más pobres», *Clarín*, Buenos Aires, 8 de julio de 2006.
- Rodríguez Yebra, Martín: «Kirchner hizo promesas en Wall Street», *La Nación*, Buenos Aires, 21 de septiembre de 2006a.
- : «Kirchner prometió una alta rentabilidad», *La Nación*, Buenos Aires, 22 de septiembre 2006b.

Shifter, Michael: «En busca de Hugo Chávez», *Foreign Affairs* en español, México, julio-septiembre de 2006 en <http://www.foreignaffairs.org/20060701faenespessay060302/michael-shifter/>

Svampa, Maristella y Sebastián Pereyra: *Entre la ruta y el barrio*, Buenos Aires, Biblos, 2003.

Svampa, Maristella y Claudio Pandolfi: «Las vías de la criminalización de la protesta, Argentina» en *Observatorio Social de América Latina (OSAL)*, Buenos Aires, CLACSO, 2004; (14): 285-296, mayo-agosto.

Zibechi, Raúl: *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad en movimiento*, La Plata, Letra Libre, 2003.



FRIDA HARTZ (México): del ensayo *La pólvora maya*, 1988-1994

ROBERTO MÉNDEZ MARTÍNEZ

# Gertrudis Gómez de Avellaneda, una voz nocturna\*

Como en un grabado, podemos contemplar a esa joven de veintidós años que en una madrugada de abril de 1836 embarca con su familia, rumbo a España. Allí mismo, en el puerto de Santiago de Cuba, cubierto por las sombras, ella tiene su primer gesto de rebeldía permanente: compone un soneto. La escritura es la más definitiva manera de resistir de Gertrudis Gómez de Avellaneda, tanto en la vida como en la muerte.

*¡Perla del mar! ¡Estrella de Occidente!  
¡Hermosa Cuba! Tu brillante cielo  
la noche cubre con su opaco velo,  
como cubre el dolor mi triste frente.<sup>1</sup> [tomo I, p. 1]*

Todavía hoy «Al partir» es un texto resistente. Llamen la atención en el poema no sólo el extremo ajuste entre contenido y lenguaje, la seguridad para volcar su pensamiento en la parca forma del soneto, sino, sobre todo, su capacidad para crear un ambiente, forjar una escena al modo dramático. Vivimos con ella la atmósfera nocturna del puerto, la marinearía que trabaja a bordo, mientras, sobre la cubierta, esa joven que ya está definitivamente sola –Tula se ha emancipado de golpe y para siempre, no

\* Discurso de ingreso como miembro correspondiente de la Academia Cubana de la Lengua, leído el 27 de septiembre de 2006.

<sup>1</sup> Todas las referencias a la obra poética de Gertrudis Gómez de Avellaneda corresponden a *Obras de la Avellaneda*, Edición del Centenario, La Habana, Imprenta de Aurelio Miranda, 1914.

por sus arranques de temperamento, sino porque ha entrado en el reino vedado de la poesía— se despide de la Patria, que a partir de entonces va a invocar casi todo el resto de su vida desde la lejanía y se entrega a las aguas, al viaje, impulsada por un designio superior.

*¡Adiós, Patria feliz, edén querido!  
¡Doquier que el hado en su furor me impela,  
tu dulce nombre halagará mi oído!* [tomo I, p. 1]

Su poesía comienza con un desgarramiento. Esa voz nocturna, a pesar de su juventud, es ya una voz dramática, más aún, una voz trágica. Sin temblarle la mano ha sido capaz de escribir un verso definitorio: «Doquier que el hado en su furor me impela». Se ha definido a sí misma como una víctima del *fatum*, un ser cuya vida debe ser toda una agonía, una lucha contra esas fuerzas superiores, a menudo irreconocibles, que se coaligan para preparar su caída. Como Fronilde, Elda, Egilona, está marcada para la destrucción, y con una serenidad y altura poco esperables en su edad, se aleja de la gente común para apurar su destino hasta la última gota. Lo que a muchos ha parecido orgullo de casta, soberbia social, ampulosidad cortesana, es en realidad ese aire de tragedia clásica, esa sensación de que pisa siempre obligadamente una escena donde se juega su destino ante las más altas divinidades. También su escritura tiene ese aire tremendo que asustaba a Cepeda y a otros menguados, ese «todo o nada» con que se entrega al arrebató lírico, aunque el lenguaje mil veces se resienta, se quiebre y no pocas veces llegue a volverse un delirio retórico.

Si, hasta hoy, la crítica literaria, con diversos pre-textos, se ha resistido a aceptar el corpus lírico de la escritora como unidad y apenas se le recibe en la «república de las letras» como autora de tres o cuatro poemas antológicos, es porque la mirada reduccionista se ha negado a reconocer las tensiones que otorgan un perfil singular al conjunto: que alternen en él la efusión vitalista con la racionalidad de la oda cívica o reflexiva, que el espíritu romántico aparezca habitualmente en compromiso con una muy clásica obsesión por el oficio, y sobre todo, que esta poesía, en continuo

diálogo intertextual con la gran tradición literaria española, no se convierta de modo directo en un itinerario confesional, como lo hace su correspondencia amorosa, sino que pretenda, de modo más o menos racional y obsesivo, la marcada condición de escritura literaria. Es llamativo que el vanguardista siglo xx haya seguido reprochándole lo mismo que sus contemporáneos: el procurar ser una escritora de la pluralidad, con todas sus consecuencias, en vez de regalarnos, apenas, el diario de un corazón sentimental.

Todo empeño de reducir a la Avellaneda a un modo de escritura, a una actitud dominante, a una poética definida que permita encasillarla, resulta vano. Así como a lo largo de su vida le fue muy difícil a la Peregrina el sujetarse a normas sociales, su obra poética se resiste a un orden y jerarquización, en ella no puede hablarse de una tendencia teleológica, se trata de un discurso quebrado, fragmentario, cuya elocuencia está precisamente en ensayar los más variados registros y comunicar las más diversas actitudes, muchas veces contradictorias. Su grandeza tiene que ver, más que con la difícil coherencia interna de su escritura lírica, con la altura de sus empeños y con la densidad de significados que arroja la más elemental hermenéutica de sus textos.

La Avellaneda es una escritora sin balbuceos. En su poesía hay ruinas, pero no tanteos. Tampoco es una humilde versificadora, sino alguien que acostumbra a intentar lo más alto, a cualquier precio. No ha pisado aún el estrado del Ateneo madrileño y ya lleva escrita esa oda arrebatada «A la poesía»:

*¡Ardiente poesía!  
¡Alma del Universo! De tu llama  
al incendio feliz, el alma mía  
en entusiasmo férvido se inflama,  
rasga la mente su tiniebla oscura  
y el rayo brota de tu esencia pura.* [versión A, tomo VI, p. 291]

Tula llega a una España donde todavía el romanticismo no acaba de dominar el ambiente. Es cierto que apenas dos años antes el duque de Rivas ha publicado *El moro expósito* con el prólogo programático de Alcalá

Galiano, y que en 1837 Zorrilla da a la luz sus *Poesías* y Espronceda se aventura con *El estudiante de Salamanca*. Pero el gusto general se inclina hacia una especie de conciliación entre la tradición neoclásica y el romanticismo atemperado, los maestros del momento son Manuel José Quintana, Francisco Martínez de la Rosa y Juan Nicasio Gallego.

La Avellaneda, por la senda de su coterráneo José María Heredia, es capaz, en el lado más fecundo de su poesía, de desarrollar un romanticismo hasta sus últimas consecuencias, mientras que en zonas menos altas de sus versos conserva el aliento y la retórica de aquellos «grandes de España». Cuando ella se decide a forjar dos odas, «La Clemencia» y «La gloria de los reyes», para enviarlas al concurso del Liceo Artístico y Literario de Madrid –donde las dos fueron premiadas– escribe en «lenguaje oficial», asume la retórica de la oda quintanesca, del mismo modo que lo hace cuando escribe su canto «Al Escorial» a petición del infante don Francisco de Paula. Simplemente está demostrando que puede escribir tan bien como cualquiera de esos hombres célebres que dictan las normas, hay no poco de parodia y hasta una ligera burla en ello. Si estaban vedadas para ella las tribunas públicas, las academias, los partidos políticos, nadie podía impedirle que escribiera al modo masculino y más aún, superara a sus modelos en esta especie de lírica laureada y complaciente.

Para decirlo con términos de Ángel Rama, la Avellaneda escribía entonces al modo de la *ciudad letrada*, aceptaba la «diglosia» típica de las sociedades latinoamericanas, conscientemente asumía un doble lenguaje: el de la poesía oficial, civil y masculina, y por otra parte el de la popular y marginal, que incluye la femenina. Demasiado bien lo hizo, tanto que el crítico Ferrer del Río fue capaz de decir, quizás con no muy buena intención: «Al frente de las poetisas españolas figura Carolina Coronado: no es la Avellaneda una poetisa, es un poeta»,<sup>2</sup> frase que con ingenuidad o sin ella ha sido repetida o parafraseada, con muy poca imaginación, por la mayoría de sus críticos hasta hoy.

2 Citado por Luis Vidart en «Miscelánea», *op. cit.* (en n. 1), tomo VI, p. 478.

La otra voz de la principieña, más íntima y flexible, es propicia para los desbordamientos de un yo cada vez más atormentado. Así lo demuestra «A mi jilguero», compuesto en 1837, en los días difíciles de La Coruña. No es difícil saber de quién habla cuando nos muestra al pájaro encerrado en «jaula preciosa» y cuando, en sabia alternancia de heptasílabos, pentasílabos y octosílabos, nos muestra el paso del movimiento a la quietud en el debatirse del ave presa. Su acento entonces, despojado de las convenciones académicas, está en la mejor tradición del canto popular hispánico:

*Ni un solo trino  
su voz exhala,  
mas bate el ala  
con languidez;  
y tal parecen  
sus lindos ojos  
llorar enojos  
de la viudez.* [tomo I, p. 8]

Así, unas veces su voz se detiene junto «A una violeta deshojada» y nos parece sentir en la ligereza de sus versos reflexivos un anticipo de las *Rimas* de Bécquer, a la vez que nos complace su recuerdo de esa palma azotada por el viento que otrora contemplara en las llanuras principieñas:

*Hasta la soberbia palma  
cede humilde a aquel destino,  
y en inquieto remolino  
contigo sus hojas van;  
que el huracán inclemente  
beldad ni orgullo respeta,  
¡y a rosa, palma y violeta  
un mismo sepulcro da!* [tomo I, p. 13]

Sin embargo, esa misma pluma ha compuesto los poderosos alejandrinos dedicados al plumizo y hostil mar de Galicia:

*Suspende, mar, suspende tu eterno movimiento,  
por un instante acalla el hórrido bramar,*

y pueda sin espanto medirte el pensamiento,  
o en tu húmeda llanura tranquilo reposar. [«Al mar»,  
tomo I, p. 9]

Se ha hablado mucho del virtuosismo métrico de esta escritora, pero se le mira habitualmente como algo externo y ajeno a la poesía, cual si se tratara del recurso de una diva del *bel canto*, que hace coloraturas para impresionar al auditorio. En realidad, esa facilidad peculiar no es sino una flexibilidad de la voz, empleada con frecuencia para lograr más sutiles matices en el poema, reproducir alternancias de pensamiento y, en última instancia, para crear una especie de polifonía, del mismo modo que el contrapuntista superpone líneas de voces y las concierta, para forjar la arquitectura de un motete.

Los que duden de lo esencialmente poético de esta facultad, repasen ese texto excepcional de nuestro romanticismo que es «La noche del insomnio y el alba», donde la autora, en su vigilia, nos muestra el avance de la luz en medio de las sombras, con una sutileza particular escalona los versos de su discurso: arranca desde los extraños bisílabos y va agregando cada vez una sílaba más en cada porción del poema: trisílabos, tetrasílabos y así hasta llegar a los límites reconocidos por la versificación de la época: alejandrinos, pentadecasílabos y hexadecasílabos. Pero lo esencial no es que logre esta rara combinación, sino que esa forma externa está animada por una razón excepcionalmente poética: Tula ha descubierto –nada menos que en 1844– ese estado de vigilia, donde se mezclan el sufrimiento y la alucinación, el mismo que va a producir en Aloysius Bertrand su *Gaspard de la nuit* y también el que motivará en José Asunción Silva sus célebres «Nocturnos». La escritora toca límites, afina el romanticismo hasta el extremo y llega a los predios del modernismo y casi de la vanguardia. No importa que en algunos de sus versos de arte mayor todavía la retórica procure hacerse un sitio. El lenguaje general del poema es el del visionario que, mientras la vela se consume junto al tintero, vuela sobre la ciudad dormida y tiene la doble experiencia de la noche, la exterior y la del alma:

¡Dadme aire! Necesito  
de espacio inmensurable,  
do del insomnio al grito  
se alce el silencio y hable!  
Lanzadme presto fuera  
de angostos aposentos...  
¡Quiero medir la esfera!  
¡Quiero aspirar los vientos! [«La noche de insomnio  
y el alba», tomo 1, p. 68]

En el verano de 1849, cuando Avellaneda asistió a los bailes celebrados en el palacio de San Ildefonso de la Granja, agradeció la invitación de Isabel II con el poema «Los reales sitios», compuesto en serventesios dodecasílabos, donde no sólo se anticipa a la manera musical del verso modernista, sino que busca deliberadamente un preciosismo verbal que luego será asociado con el lado más externo de la poesía finisecular en América. ¿Quién diría que no era el nicaragüense de las *Prosas profanas* el que escribía estos versos?:

Es grata la calma dulcísima y leda  
de aquellos salones dorados y umbríos,  
do el sol, que penetra por nubes de seda,  
se pierde entre jaspes y mármoles fríos.

Es grato el ambiente de aquellas estancias  
–que en torno matizan maderas preciosas–,  
do en vasos de China despiden fragancias  
itálicos lirios, bengálicas rosas. [tomo I, p. 243]

Es esta escritora, la de la voz personal y alucinada, quien nos va a legar la poesía amorosa más vigorosa y audaz de su tiempo. Jamás encontraremos en ella los versos del amor satisfecho, de la plenitud, porque habitualmente escribe después de la injuria y la pérdida, marcada siempre –ella, de la que dijeron que era *mucho hombre*– por la inseguridad, por las intermitencias espirituales que acaban solicitando eso mismo que poco antes la razón ha condenado.

En su célebre soneto «Imitando una oda de Safo», escrito en 1842, atormentada aún por la sombra de Cepeda, la escritora se encubre tras la célebre poetisa

de Lesbos, para mostrar abiertamente su ardiente ansia de estar junto al hombre que le fue esquivo, y muestra sin pudores el ardor, casi el delirio, del deseo que siente por él. Toma entonces uno de los textos que la escritora legara, la «Oda a la amada», y lo convierte en un poema propio, sin traicionar el espíritu original. No asume sólo el elemento de la cercanía del ser amado por el que se suspira, sino que subraya sobre todo eso que la «décima musa» había expresado ya con tan acertada síntesis: el efecto físico de la pasión amorosa, ese fuego que puede acercar a quien lo siente a los síntomas de la muerte. Más todavía, coloca su imitación bajo la forma del soneto, para que tenga una extensión casi equivalente a la del canto griego.

Para muchos, en su tiempo, este juego intertextual no pasaba de ser una traducción muy libre; hoy sabemos que con esa «imitación» la escritora está realizando un proceso semejante al que Oswald de Andrade y Emir Rodríguez Monegal llaman «antropofagia», tan cercano a la «carnavalización» bajtiniana. El empleo del disfraz de Safo, figura canonizada por la tradición literaria, permite a la poetisa mostrar sus sentimientos sin censuras sociales. Imitar es aquí devorar, vestirse con la piel del antepasado y celebrar un ritual propiciatorio. El texto es suyo, en tanto se ha enmascarado en un sentimiento ajeno para expresar el propio, la amada de Safo es ahora Cepeda, así como la voz desfalleciente de la escritora antigua es portadora de la más rotunda y soberbia de la cubana:

*¡Feliz quien junto a ti por ti suspira!  
¡quien oye el eco de tu voz sonora!  
¡quien el halago de tu risa adora  
y el blando aroma de tu aliento aspira!*

*Ventura tanta –que envidioso admira  
el querubín que en el empíreo mora–  
el alma turba, al corazón devora,  
y el torpe acento, al expresarla, expira.*

*Ante mis ojos desaparece el mundo,  
y por mis venas circular ligero  
el fuego siento del amor profundo.*

*Trémula, en vano resistirte quiero...  
de ardiente llanto mi mejilla inundo...  
¡deliro, gozo, te bendigo y muero!* [«Soneto imitando una oda de Safo», tomo I, p. 69]

Este éxtasis, esta enajenación sensual, donde está ya lo esencial del espíritu romántico, tiene también la impronta de su predecesor, José María Heredia, aquel que escribiera en su juvenil poema «A mi querida»:

*¡Oh mi único placer! ¡Oh mi tesoro!  
¡Como de gloria y de ternura lleno,  
Extático te escucho, y me enajeno  
En la argentada voz de la que adoro!*<sup>3</sup>

La poetisa ha logrado un milagro: a través de la sombra legendaria de Safo y de la paterna y tutelar de Heredia, ha encontrado su propia voz. Por la vía de la asimilación, del «devorar» las obras que le resultan retadoras, llega a construir su propio discurso lírico.

Son escasos los críticos que se han fijado en el modo en que la escritora emplea el idioma, salvo para reprocharle su tendencia a la adjetivación profusa o cierta complacencia en el discurrir verbal que llega a lindar con el alarde retórico, con lo que paga tributo a esos tiempos en que la poesía estaba más cerca de la oratoria forense por una parte y de la música, por otra, que de la lectura íntima, preconizada después por los poetas finiseculares. Sin embargo, la poesía de la Avellaneda evidencia la posesión de un amplio y variado léxico, manejado con flexibilidad y que no llega a naufragar en las posiciones extremas de su época: no alardea de casticismo, aunque se ha nutrido de la corriente mayor de los autores de la lengua, ni se pretende cosmopolita porque puede leer y traducir con maestría obras del francés, el italiano y el portugués. Nunca pretendió ser una autoridad de la lengua, a pesar de manejarla con una habilidad muy especial y un respeto por la tradición muy propio de los nativos de la región camagüeyana.

3 José María Heredia: «A mi querida», *Obra poética*, La Habana, Editorial Letras Cubanas, 1993, p. 39.

Al repasar sus poemas, encontramos en ellos la huella del magisterio de los Siglos de Oro. En las primeras estrofas de su plegaria «A la Virgen»: «Vos, entre mil escogida, /de luceros coronada: / vos, de escollos preservada/en los mares de la vida» (tomo I, p. 84) hay un voluntario homenaje al soneto «Quién eres, ¡oh mujer!, que aunque rendida» de Calderón, así como el soneto que cierra la edición definitiva de su poesía: «El nombre de Jesús» está muy cercano a uno que Lope incluyera en sus *Rimas sacras*: «¿Qué tengo yo que mi amistad procuras?». Lamentablemente, son muy poco conocidas sus paráfrasis en prosa de salmos bíblicos, quizás por estar colocadas en el *Devocionario* de 1867 que no ha tenido edición cubana, pero ellas tienen una sobria gravedad, una sencillez expresiva, que nos recuerdan labores semejantes de un fray Luis de León. No todo en la poetisa viene de Quintana y Gallego, sino también de Garcilaso, santa Teresa, san Juan de la Cruz, los grandes fundadores.

Tampoco se han contemplado adecuadamente sus audacias con el idioma: cuando traduce lo que se suponía un fragmento de un cantar de gesta vascongado: «El canto de Altabiscar» –que hoy sabemos tan apócrifo como los versos de Osián– ella se vale del lenguaje de los viejos romances heroicos, por ser lo más cercano en castellano a esa pieza, pero tiene la audacia de conservar varias palabras en euskaro, para conservarles un sabor especial, en una época en que ese idioma, ilegal y poco divulgado, era apenas asunto para ciertos filólogos.

En otros casos, no son la historia y la geografía las que motivan su audacia, sino la necesidad de expresión en situaciones colocadas en el límite de la conciencia, donde hay una especie de quiebra de lo verbal; es el caso del poema «La venganza», supuesto fragmento de un texto mayor, escrito hacia 1842, que es una delirante «invocación a los espíritus de la noche». Es indudable que hay algo de bizarro en esa alternancia de tridecasílabos esdrújulos con endecasílabos agudos, que producen una áspera reverberación, una atmósfera terrorífica como la que los compositores de óperas románticas emplean para las arias de sus personajes diabólicos o enloquecidos. La Avellaneda, harta por un momento de ser esa muchacha que procura integrarse en el tejido social para desarrollar su carrera literaria,

exorciza sus demonios sumergiéndose en un ritual en el que da libre salida a sus instintos:

*¡Venid! ¡venid, que de rencores grávida  
siento esta frente, que miráis arder,  
y un lauro pide, que refresquen lágrimas,  
para templar su acerbo padecer!  
¡Venid! ¡venid, espíritus indómitos!  
¡de dolor y de duelo este recinto henchid!..  
Venid, las alas sacudiendo pródigos,  
a enardecer mi corazón ¡venid! [«La venganza»,  
tomo I, p. 133]*

Lo que viene después es un ritual de antropofagia. En una ebriedad semejante a la de las antiguas bacantes, la hechicera busca devorar el cuerpo del enemigo, que no es otro que el propio objeto del amor. Ya no se trata de la pusilánime María de «Amor y orgullo», ni de la que promete al final de «A Él» «generoso perdón, cariño tierno», sino de una fuerza abismal femenina, que destruye y anula a su adversario, para satisfacer el apetito marcadamente sexual de su amor. Frente a la extrema espiritualización de la mayor parte de la poesía erótica de la autora, este texto nos habla de instintos desatados, de sacrificios cruentos donde la venganza es un sustituto visible de la cópula, y para ello, el idioma debe ser transgresor también tanto la versificación como el propio efecto auditivo de esa lluvia de palabras esdrújulas, producen sobre el lector un efecto agresivo, se diría que contrario a la «urbanidad». La autora sobrepasa aquí los excesos del más satánico de sus contemporáneos, Espronceda. Como bruja, se coloca en el margen de la sociedad y desde allí acuña su propia expresión provocadora:

*¡Venid! ¡venid! Del enemigo bárbaro  
beber anhelo la abundante hiel..  
¡No más insomnes velarán mis párpados,  
si a él se los cierra mi furor cruel!  
¡Dadle a mis labios, que se agitan ávidos,  
sangre humeante sin cesar, corred!  
¡Trague, devore sus raudales rápidos,  
jamás saciada, mi ferviente sed!*

*Hagan mis dientes con crujidos ásperos  
pedazos mil su corazón infiel,  
y dormiré, cual en suntuoso tálamo,  
en su caliente, ensangrentada piel!  
Al retratar tan plácidas imágenes,  
siento de gozo el corazón latir [...] [«La venganza», tomo I, pp. 133-134]*

¿Qué era en fin la poesía para la Avellaneda? Esencialmente algo sagrado y misterioso, hasta el punto de negarse, ya en su madurez, a forzar la inspiración para complacer a sus admiradores. Recuérdese aquella poética explícita que formula en el discurso de agradecimiento leído en el homenaje que le rindió la Sociedad Filarmónica de Puerto Príncipe el 3 de junio de 1860:

El arca santa hería de muerte al temerario que osara tocarla: la felicidad –ese heraldo fugitivo de la gloria celeste– cuando Dios se digna enviárnoslo por un momento a la tierra de peregrinación, es también otra arca misteriosa que no permite llegar a tocarla ni aun la mano de rosa de la poesía.// ¿Ni para qué lo hiciera? // La poesía, señores, sabe embellecer lo visible y dar vida real a lo imaginado; pero ¡ah! no le fue dado arrancar del santuario del alma los secretos profundos del éxtasis de la dicha. Sólo Dios posee el incomunicable poder de prestar fórmula al infinito.<sup>4</sup>

La autora acabó por encontrar su camino en una religiosidad arrebatada y universal, como la de su maestro Heredia junto al Niágara. Su aspiración era nada menos que al absoluto y era a la vez amor personal y convicción trascendente:

*¡Y Tú, que este anhelar del alma entiendes,  
y en quien su alta ambición reposo alcanza,  
hoy, que en sublime fe mi pecho enciendes,*

4 Gertrudis Gómez de Avellaneda: *Cartas inéditas y documentos relativos a su vida en Cuba de 1859 a 1864*, colección ilustrada por José Augusto Escoto, Matanzas, Imprenta La Pluma de Oro, 1911, p. 134.

*préstale alas de fuego a mi esperanza!* [«Dedicación de la lira a Dios», tomo I, p. 386]

Al final de su vida llegó hasta al sacrificio supremo: ese gradual enmudecimiento, del que nos habla Dulce María Loynaz en su conferencia *La Avellaneda, una cubana universal*, dictada en el Liceo de Camagüey, el 10 de enero de 1953:

¿Será que no murió cuando murió? ¿Qué había muerto antes, en la negación que de sí misma hizo; o que iba a morir después, en la negación que de ella hemos hecho nosotros? // Fue el suyo un morir lento, un desvanecerse más bien, un trasponer espejos superpuestos de horizontes donde su figura se va haciendo cada vez más pequeña hasta que no se le ve más, sin que los ojos puedan decir en qué momento desaparece. // Yo he pensado mucho en esta década final donde las aguas de la vida se le embalsan justo en el instante de precipitarse en el vacío [...].<sup>5</sup>

Dos poetas inauguran nuestra literatura: José María Heredia y Gertrudis Gómez de Avellaneda. A ambos los toca la mayor grandeza: el intentar lo imposible. Él, forjador de la patria utópica, sueña para la Isla una literatura fuerte y virtuosa, siente el desafío de encajar su obra como pórtico de esa república patricia que tiene algo de Byron y mucho de Virgilio. La Avellaneda va por más complicados derroteros para vencer dos resistencias fundamentales: hija de Puerto Príncipe, se propone y logra la consagración en las letras metropolitanas; mujer, transgrede los límites que en la escritura se concedían a su género y procura forjarse una voz absoluta –tan masculina como femenina–, la única que puede traducir su ansia de canto total.

Lo más escandaloso en la Avellaneda, todavía hoy, no es su vida íntima, sino su condición de escritora, resuelta y monumental, que produjo la obra lírica, narrativa y escénica más extensa y resistente de nuestras

5 Dulce María Loynaz: *La Avellaneda, una cubana universal*, La Habana, 1953, p. 22.

letras hasta 1870. No sólo es la poetisa más importante de nuestro siglo XIX –lo cual sería un débil honor para ella–, sino una de las figuras clave del romanticismo americano y quizás de ellas, la que mejor apunta como larvada precursora de la rebelión modernista.

Lo que pueda haber de regresivo en su poesía resulta mínimo si se compara con la cifra de provocaciones e incitaciones que hay en ella. Puede preferirse «Amor y orgullo» a la «Dedicación de la lira a Dios», así como «La pesca en el mar» puede ocultar a algunos la heterodoxa singularidad de «La venganza», pero lo que no puede ignorarse es que estos fragmentos forman parte de una totalidad elocuente, precisamente como portadores de lo mejor del espíritu romántico: la voluntad casi demoníaca de traducir al mundo a través de grandes contrastes, con un empleo del lenguaje en que la palabra va ganando creciente autonomía, hasta el punto en que a veces parece la protagonista casi absoluta del texto, en la medida en que alude a algo que no es el reflejo especular de lo cotidiano, sino una realidad traspuesta que llega a parecer un orbe independiente. ¿Por qué reprocharle esa dimensión verbal a la autora de «La noche de insomnio y el alba» si está recorriendo un camino que ya habían hollado Calderón y Góngora y por el que transitarán después Darío y Casal?

Quizás lo que más nos angustia ante doña Gertrudis es que se resiste al marbete de cualquier ismo: no le van bien, a secas, el neoclasicismo, ni el romanticismo, ni el modernismo, ni siquiera el feminismo, ni el catolicismo, ni el independentismo, ni el nacionalismo. Ella está tocada por el cruzamiento de todas las síntesis que produjeron el surgimiento de lo cubano. Unas veces se le ha combatido a nombre de una insularidad estrecha, otras porque molestan sus laureles, su talante soberbio, la grandeza de su continente.

La muchacha que una noche nos arrancaron de la Isla, es la misma capaz de forjar ese porfiado discurso en el que, cuando no lo esperamos, la oscuridad queda rota por una visión magnífica, de esas que lo justifican casi todo:

*No mide, no, la altura amedrentada  
el águila real, si emprende el vuelo:  
¡fija en el sol la impávida mirada,  
y piérdese en el cielo!* [«A mi amigo don Nicomedes Pastor Díaz», tomo I, p. 68]

Tiene algo de ironía el que a inicios del siglo XXI, alguien pueda dedicar su discurso de ingreso a la Academia, a esa figura a quien le negaron el sillón que merecía sin excusas. Es tan triste como pensar que se le ha aclamado entre los grandes nombres de nuestra literatura y, a la vez, críticos muy apreciables le han negado toda autoridad. Como sobre Plácido y Zenea, pesa sobre ella una especie de maldición: no se le quiere reconocer como poetisa, ni como cubana, ni, para colmo de paradojas, como mujer. Para muchos es más cómodo devolverla a España, sin notar que ese absurdo crea una espantosa laguna de significación en nuestro siglo XIX. Para exorcizar tales dislates es preciso invocar al numen tutelar de esta casa, a Dulce María Loynaz, quien escribió entre estas paredes esa conferencia valiente y llena de pericia forense, donde puso una conminación que no era sólo para su limitado auditorio de hacendados camagüeyanos, sino para Cuba toda:

Ha llegado el momento de definirse. Cada uno tiene su modo de servir, y si pensamos que dentro del suyo, Tula no sirvió a la gloria de Cuba, cedámosla de una vez, a quienes no andan con tantos remilgos para brindarle y muy contentos, sitio de honor entre sus filas.[...] // Ved que es vuestra Tula a quien se llevan entre ruindades y pequeñeces. [...] // Es a ella a quien nos arrebatan, y esta vez para siempre. // No lo permita Dios, amigos presentes. Ni lo permita el Camagüey bravío. // ¡A rescatar a vuestra Tula, aunque sea como en la gesta heroica, con un puñado de corazones! // ¡A rescatar vuestra amazona, aunque sea como dijo Agramonte, solo con la vergüenza!<sup>6</sup> **C**

6 Dulce María Loynaz: *Op. cit.*, (en n. 5), p. 26.